

SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

10 de MARZO

Fiesta de los MÁRTIRES de la
TRADICIÓN



VAZQUEZ DE MELLA

APOLOGIA DE LA TRADICION

SOMOS los representantes de la tradición; y ya sé que lo que esa palabra expresa se combate y se escarnece en estos tiempos por las diferentes categorías del vulgo, suponiendo que significa algo fósil y que está como petrificado, haciéndola símbolo de restauraciones arqueológicas de no sé qué ruinas que yacen soterradas en abandonados cementerios.

La tradición, considerada subjetivamente, es un sentimiento que se funda en el respeto a los antepasados; considerada en sí misma, es transmisión, y, lejos de significar cosa petrificada, implica el movimiento, puesto que supone algo que pasa de unos a otros...

La tradición es tan esencial a los hombres, que no se puede negarla más que para establecer otra original o importada. Ninguna tradición fundamental desaparece tradicionalmente, siempre desaparece resolucionalmente; y la revolución que la derriba invoca otra tradición, aunque hable de novedad. Si es algo original que ha germinado en una sociedad, es una tradición que empieza y que quiere crecer y continuarse para suplantar a otra que está establecida...

La teoría más ideal y que presume de más originalidad no se establece sino para continuar.

El sentimiento de tradición es doble: mirando hacia atrás, supone el respeto a los antepasados, que ha llegado en algu-

nos momentos a constituir un culto, y que no se pierde por completo más que en los degenerados; y mirando hacia adelante, es el deseo de la inmortalidad en que expresamos un atributo del espíritu.

La tradición es un efecto del progreso; pero como le comunica, es decir, le conserva y le propaga, ella misma es el progreso social. El progreso individual no llega a ser social si la tradición no le recoge en sus brazos.

Y es esa la causa de que todo hombre, aun sin advertirlo y sin quererlo, sea tradicionalista, porque empieza por ser ya una tradición acumulada. Que se despoje si puede de lo que ha recibido de sus ascendientes, aunque sea prescindiendo de su ser, y verá que lo que queda no es él mismo, sino una persona mutilada que reclama la tradición como el complemento de su existencia.

(Discurso en el Parque de la Salud, de Barcelona. 17 de mayo de 1903.)

La Historia, tomada en conjunto, no es obra del capricho de unos cuantos gobernantes; es obra del espíritu de un pueblo. Por eso refleja su carácter y sus aspiraciones.

La historia de las relaciones con Inglaterra habrá que empezarla en el siglo XIV con la separación de Portugal, y terminarla ahora con la internacionalización de Tángier.

Sería un enorme memorial de agravios, en el que se podrían ir señalando la mitad, por lo menos, de las causas de nuestra decadencia.

La historia de las relaciones con Francia, aun empezada en las luchas del siglo XVI, que obligaron a Farnesio a salir de Flandes para ir a París, y terminada en el último tratado de sus glosas, es una larga serie de desmembraciones territoriales y de influencias nocivas, a las que hay que cargar las otras causas de ruina que no corresponden a Inglaterra.

Nuestra grandeza es incompatible con la grandeza de Inglaterra. Si nosotros fuéramos grandes, ella tendría que huir del Mediterráneo o pagarnos tributo de servidumbre a la entrada.

Francia, más generosa que Inglaterra, y que ha recibido de ella casi tantas ofensas como nosotros, desde la guerra de los Cien Años hasta Fashoda, tiene aspiraciones de dominación en el Mediterráneo que no son compatibles con las nuestras.

(Publicado en "El Correo Español" el 9 de octubre de 1913.)

Sin la unidad moral en ninguna parte y con la discordia en todas, nación y Patria se extinguen. Sólo quedará el nombre aplicado a un pedazo del mapa. Unidad de creencias y autoridad inmutable que la custodie, sólo eso constituye naciones y enciende patriotismos.

(Del discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados el día 3 de marzo de 1906.)

Sí; pero como un siglo de tiranías miserables ha depositado encima tantas escorias, es preciso ahondar en ellas hasta tropezar con las losas sepulcrales de los mártires, y partirlos con el puño de las espadas, para que salga su espíritu inmortal con nueva vida para este pueblo, que está esperando la hora suprema en que resuene con acento vibrante en sus oídos el llamamiento que escuchó Lázaro en su tumba.

(Editorial del "El Correo Español", de 10 de marzo de 1898.)

Año - Madrid, 8 de marzo de 1942 - Núm. 10



10 de MARZO
FIESTA DE LOS MÁRTIRES DE LA TRADICIÓN



Los Mártires de la Tradición

PORTADA de Tauler.

MÁRTIRES Y VETERANOS, por Esteban Bilbao y Eguía, ministro de Justicia; página 3.

TRES JEFES CARLISTAS; página 4.

LA TRADICIÓN DINÁMICA, por Eugenio Montes; página 5.

LA FIGURA DE DONOSO CORTÉS Y LA ORTODOXIA CARLISTA EN EL SIGLO XIX, por J. E. Casariego; páginas 6 y 7.

DON CARLOS DE BORBÓN INSTITUYÓ EN EL AÑO 1895 LA FIESTA DE LOS MÁRTIRES DE LA TRADICIÓN, por Francisco H. Bocos; páginas 8 y 9.

EL CURA SANTA CRUZ, por T. Nieto Funcia; páginas 10 y 11.

CONSPIRACIÓN CARLISTA, por José María de Olazábal; página 12.

RECUERDOS DE NIÑEZ, por Manuel Aznar; página 13.

DIEZ DE MARZO. DOCTRINA Y LITURGIA, por Crescencio Gardeazabal; página 14.

ISLOTES EN LA RIADA, por José María García Escudero; página 16.

Grabados y fotografías de época, del archivo particular de J. E. Casariego.

Dibujos de Serny, Gabriel y Eguía.

PUEBLOS DE ESPAÑA

Mérida, Almendralejo, Villafranca de los Barros

Aspecto industrial, comercial y turístico de estas ciudades extremeñas

No pretendemos "descubrir" la importancia que para Extremadura y para España tiene Mérida, pero si dedicarle unas palabras de admiración a la bella ciudad de los romanos.

Gentes del mundo entero han desfilado por Mérida para ver de cerca, para palpar con sus manos las huellas que nos dejaron aquellos guerreros que hicieron época en España. El teatro romano, el anfiteatro, el acueducto, el puente sobre el Guadiana, las murallas, el Arco de Trajano, etc., ponen una maravillosa nota de color que millares de retinas han captado para su cerebro, y millones de cámaras fotográficas para su recuerdo. La exclamación unánime siempre ha sido y es: "¡Maravilloso!"

Mérida está situada en un importante nudo de comunicaciones ferroviarias y a orillas del Guadiana. Su industria y su comercio por tanto es de gran interés, aunque en realidad es su agricultura la principal fuente de riqueza a la par que la ganadería.

De Mérida, y por el ferrocarril de Sevilla, nos dirigimos a Almendralejo, ciudad cabeza del partido judicial que lleva su nombre, e importantísima en cuanto a la industria vinico-aceitera y sus derivados se refiere.

Altas chimeneas demuestran a los ojos del viajero que Almendralejo trabaja, que Almendralejo produce "algo" que es oro español. Sus viñedos y olivares es fuente inagotable que proporciona a esta bella ciudad verdaderos torrentes de vinos y aceites.

A unos kilómetros se encuentra otra ciudad que, como Almendralejo, produce enormes cantidades de vinos y aceites, lo cual no es de extrañar por su proximidad. Nos referimos a Villafranca de los Barros, Municipio perteneciente al partido judicial de Almendralejo y con más de 14.000 habitantes.

He aquí tres pueblos de España, tres ciudades de la lejana Extremadura, tres inagotables "minas de oro", no refiriéndonos precisamente al vil metal amarillo, sino a algo de mucho más valor: materias primas.

E. M. S.

JUAN MARTIN CANO

FABRICANTE DEL PRODUCTO

"Maceal"

SUSTITUTIVO DEL CAFE

Apartado 7 - ALMENDRALEJO

Baldomero Vicente González
Vinos
Aceites

General Mola, 33
Villafranca de los Barros
(Badajoz)

PEDRO DIAZ SANCHEZ

Cosechero y exportador de Vinos y Aceites de Oliva

ALMENDRALEJO

FABRICA DE ANISADOS, APERITIVOS, JARABES Y LICORES
GUILLERMO BARRERO
(Sucesor de Tinoco)

Francisco Pizarro, 83 - Almendralejo

A. IGLESIAS INFANTE

Vinos
Mistelas
Aceites

ALMENDRALEJO

HIERROS, HERRAMIENTAS
MAQUINARIA, LUBRICANTES

Comercial Rodríguez
Mérida

Alonso Cuevas e Hijos, S. L.

VINOS - ALCOHOLES
- ANISADOS -

ALMENDRALEJO

Manuel Alcántara y Alcántara
COSECHERO

Y EXPORTADOR
DE VINOS FINOS

FABRICA DE ALCOHOL

ALMENDRALEJO (Badajoz)

José Miro Montes

Destilación y Rectificación de Alcoholes Vínicos a Vapor. Fabricación de Holandas para coñacs

TELEFONOS:

PARTICULAR, 54
FABRICA ESTACION, 60
IDEM CALLE MERIDA, 198

ALMENDRALEJO
(Badajoz)

Sobrino de Pedro Martínez

Anisados. Especialidad "Anís Ancora"
ALMENDRALEJO

MARTIRES Y VETERANOS

Por ESTEBAN DE BILBAO Y EGUIA

EN el Palacio de Loredán, a 5 de noviembre de 1895, un desterrado augusto, contra el cual extremó sus odios la maledicencia democrática, pero ante cuya figura se descubre la Historia en homenaje a la grandeza de sus actos y a la constancia de su fe, decretó la institución de una fiesta en honor de los Mártires de la Tradición.

Era una carta al marqués de Cerralbo, que no necesitaba firma, porque la acreditaban como augusta la magnanimidad de su propósito y aquel estilo sentencioso, personalísimo de su autor. No era, no, un agravio rencoroso contra el adversario, ni ello podía caber en el corazón hidalgo de un Príncipe que, habiendo afirmado cien veces que no quería ser Rey de un partido, tampoco ambicionaba otro sueño que el de verlos solidarizados a la luz de un ideal nacional bajo el título harto glorioso de españoles.

Era el llamamiento de un Príncipe veterano a los supervivientes de dos Cruzadas gloriosas, capítulos inconclusos de una misma historia de fe, con la esperanza, allí expresamente consignada, de un triunfo definitivo, logro de su verdad doctrinal y premio de tan largo y costoso sacrificio.

Y como nada hay que junte a los hombres tanto como el recuerdo de los muertos queridos, Carlos VII congregaba anualmente a sus leales en Comunión espiritual con los Mártires de la Tradición, unidos todos, muertos y vivos, en plegaria incesante por la salvación de España. Fiesta a un mismo tiempo religiosa y patriótica, que tantas veces celebramos en grey diezmada cada año por las injurias del tiempo y de la muerte; pero, a la postre, multiplicada en horas de persecución, fecundas siempre en adhesiones heroicas.

Pasaron los tiempos y se consumó la catástrofe, cambiando radicalmente el giro de la Historia. Agonizan las democracias, pregoneras jactanciosas de nuestra desaparición, y hoy, como ayer, en las calladas soledades del hogar o en la solemnidad religiosa de los templos, se repite el rito funeral que alcanza a los nuevos mártires, sucesores legítimos de aquéllos, y orlados todos ¡al fin!, con el lauro de la postrera victoriosa Cruzada.

Mártires de la tradición, que es decir, en su más estricto sentido, testigos de una verdad política sellada por el sacrificio. Pascal formuló en sus "Pensamientos" esta prueba irrefutable de la Resurrección de Cristo: "Yo creo en los testigos que se dejan matar en testimonio de su Verdad." La prueba, aun reducida a lo humano, reviste en este caso



Don Carlos VII y su augusta esposa, Doña Margarita

los caracteres de un argumento apoloético. Hay algo de sobrehumano en una doctrina que ha resistido imperturbablemente los desdenes internacionales de su siglo, la persecución incansable de tantos Gobiernos, el sarcasmo de las escuelas, la risotada plebea de las multitudes, los mordiscos de la calumnia y el látigo de la ironía.

Y éste sí que fué para los tradicionalistas una especie de martirio, no por infortunio, menos meritorio. En el siglo XIX y en lo que llevamos del XX hasta la victoria de Franco, pudiera decirse que hubo dos Historias de España. La España liberal y parlamentaria, que vivió en oposición constante

con el espíritu nacional. Cada tres lustros, un intento de revolución al estilo democrático; once o doce Constituciones, alguna de ellas nonnata; doscientos Gobiernos; unos Poderes sin poder; un pueblo sin fe en los destinos de la Patria, y por único sostén, el egoísmo de una burguesía inconsciente, empeñada a última hora en prolongar su hegemonía en contubernio senil con un proletariado rencoroso, ávido a su vez de implantar su dictadura de clase.

Contra ese artificio de mentiras y rencores vivió un siglo entero la verdadera España, perenne en el corazón del pueblo, y promulgada como una síntesis ideal en la trilo-

gía de la Comunión Tradicionalista.

Fué un constante bregar contra la incompreensión de arriba y la ingratitud de los beneficiarios: gobernar desde fuera—como dijo Mella—, en la medida de lo posible, manteniendo íntegra la doctrina advirtiendo a los Gobiernos sus errores, militando en la calle contra la revuelta organizada. Un voluntariado gratuito, que en los días difíciles en que ríaqueaba la autoridad, montaba la guardia en fábricas y templos para salvarlos de la anarquía, sin otra paga que la ingratitud del Poder, jactancioso de un éxito logrado muchas veces a costa de las más vergonzosas claudicaciones.

Así cayeron centenares y miles de tradicionalistas, y en esa escuela se forjó el espíritu de los requetés, que bajo el signo de Franco han logrado para España la atención y el respeto de la Historia.

Cuentan las crónicas que en el último viaje, verdaderamente triunfal, de nuestro Caudillo a Cataluña, hubo de saludar a un grupo de veteranos de la Tradición. El hecho tiene un profundo relieve espiritual que no puede pasar desapercibido en esta fiesta. Al cabo de su vida, el viejo luchador de la Tradición, sentía por vez primera la caricia del Estado. El indeseable de todos los regímenes, voluntario heroico frente a la primera República, conspirador incansable contra los Gobiernos liberales, perseguido cien veces por el cacique de su comarca, encarcelado en su senectud por los sicarios del Frente Popular, postergado siempre en los favores oficiales, recogía en sus pupilas absortas la mirada del Caudillo, noble como su ideal, profunda como su fe, prometedora de reivindicaciones definitivas. Era la justicia de la Historia, que tarde o temprano nunca falta a las citas de la Providencia. El triunfo íntimo de su ideal, que le permitía al veterano dar por consumada la profecía de su existencia entera, viva en su ancianidad, con la esperanza feliz de los viejos patriarcas. Un triunfo íntimo que rompía en sollozos templando su dolor por la muerte del nieto requeté, último y el más glorioso vástago de una estirpe de luchadores heroicos.

Y yo sé que Caudillo y Veterano se entendieron... porque hablaban un mismo lenguaje, que no tiene traducción en el idioma bastardo de las banderías políticas. Y acaso el viva más emocionado de cuantos Franco pudo escuchar en aquellas horas triunfales fué ese vitor callado y balbuciente del pobre viejo que ostentaba en su boina las estrellas del Ejército español, supremo galardón de una vida militante que no conoció otras satisfacciones, aparte la suprema de su fe, viva siempre en ignorado sacrificio.



Zumalacárregui dirige el fuego artillero frente a Echarri-Aranaz

"...con un candor risible aconsejaban, a guisa de remedio, la vuelta pura y simple de las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un "estado" y no un "proceso", y como si a los pueblos les fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

"Entre una y otra de esas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las dos cosas: de la Revolución—no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo con un pulso firme al servicio de una norma—y de la tradición—no como remedio, sino como substancia; no como ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias."

JOSE ANTONIO

MADERAS
Félix Pérez García

Oficinas, Serrería y Almacenes:
CARRETERA DE VALENCIA
Teléfono 215
CUENCA

Tres Jefes Carlistas

RAMON CABRERA



D. RAMON CABRERA

Conde de Morella

Nació en Tortosa, el 27 de diciembre de 1806. Murió en Wentworth (Inglaterra), el 24 de mayo de 1877.

Inició estudios eclesiásticos en su juventud. A la muerte de Fernando VII fué desterrado por los antecedentes absolutistas de su familia, huyendo a Morella, donde se alistó en un banderín de enganche carlista. Comienza entonces su brillante carrera militar, que culmina al tomar el mando del Ejército del Centro. En 1835 inaugura la brillante campaña del Maestrazgo. En 1835 fué fusilada su madre por orden de Mina, sin formación de proceso ni darle tiempo a cumplir sus últimas voluntades. Dos veces herido, se repuso prontamente, infligiendo una dura derrota a una columna liberal en Pla del Pou. Recobrada Cantavieja fué ascendido a mariscal de campo por Don Carlos. En 1837 atravesó el Ebro con las tropas carlistas, acompañándolas en su expedición sobre Madrid, que llegó hasta las mismas puertas de la capital. Vuelto al Maestrazgo, y después de varios combates con diversa fortuna, entre los que destaca el sitio de Morella, que le valió el título de conde de dicha ciudad, tuvo que refugiarse en Francia, en julio de 1840, siendo recluso en la fortaleza de Ham por el Gobierno francés. Después de una breve estancia en Inglaterra pasó de nuevo a España, para ponerse al frente de las partidas catalanas, pero tuvo que abandonar la intenciona al poco tiempo, estableciéndose definitivamente en Londres, sin volver a tener intervención en cuestiones políticas.



MIGUEL GOMEZ

Nació en Torredongimeno, provincia de Jaén, el año 1796.

Fuó nombrado comandante en el mismo regimiento donde Zumalacárregui tenía el grado de teniente coronel.

En 1836 partió de la provincia de Alava con un pequeño Ejército de menos de 3.000 hombres, y llevó a cabo una asombrosa expedición por orden del infante Carlos María Isidro, que puso de relieve sus grandes dotes militares. Atravesó primero Asturias y Galicia reclutando numerosos partidarios carlistas. Pasó luego a León, constantemente perseguido por las huestes del general Espartero, dirigiéndose por Castilla y la Mancha a Andalucía, después de entablar un duro combate con Alaix. Entró al asalto en Córdoba, dirigiéndose después a la provincia de Sevilla. Se refugió más tarde en Córdoba, acosado de nuevo por Alaix, continuando su expedición hacia Extremadura para volver luego a Andalucía. Reorganizadas sus fuerzas en Ronda alcanzó las orillas del Guadalete, donde fué derrotado por Narváez. A través de la Mancha pudo llegar a Burgos, y el 20 de diciembre del mismo año, a los seis meses de la salida, terminó en Orduña la audaz expedición. A pesar de las adversidades sufridas, regresó con su Ejército notablemente aumentado y un cuantioso botín. No obstante, sufrió un proceso, acusado de no haber cumplido las órdenes recibidas.



Don Miguel Gómez, teniente general del Ejército carlista

TOMAS ZUMALACARREGUI



Nació en Ormaiztegui, el 29 de diciembre de 1788. Murió en Cegama, el 24 de junio de 1835, a consecuencia de una herida recibida ante los muros de Bilbao.

Es la más grande figura militar del carlismo. Creador de un resuelto Ejército, supo conducirlo siempre a la victoria, aun en las circunstancias más difíciles. Por su fidelidad, su tesón, su audacia y sus geniales dotes estratégicas, supo ganarse el respeto, cuando no la admiración, de sus propios adversarios.

Don Benito Pérez Galdós, liberal de pro, exaltado anticarlista, ha dejado dicho en su memoria:

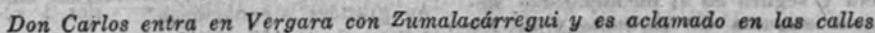
Zumalacárregui no cesaba de combatir, en la boca el ruego y en la mano el mazo. Maestro sin igual en el gobierno de tropa y en el arte de construir, con hombres, formidables mecanismos de guerra, daba cada día a su gente faena militar para conservarla vigorosa y flexible. De continuo la fogueaba, ya segura de la victoria, ya previendo la retirada ante un enemigo superior. ¿Qué le importaba esto, si su campaña, a más del objeto inmediato de obtener ventajas aquí y allí tenía otro más grande y artístico, si así puede decirse: el de educar sus fieros soldados y hacerlos duros, tenaces, absolutamente confiados en su poder y en la soberana inteligencia de su jefe? Movido de la idea, guiado por su prodigiosa inteligencia y conocimiento del arte guerrero, iba trazando, con garra de león, sobre aquel suelo ardiente, un carácter histórico. ¡Zumalacárregui, página bella y triste, España la hace suya, así por su hermosura como por su tristeza!





A black and white illustration depicting a large crowd of people gathered in front of a massive, ornate stone structure, possibly a tomb or monument. The structure features a large, circular, ornate opening or niche. A large, stylized, flame-like or leaf-like shape rises from the top of the structure. The crowd is composed of many small figures, some standing and some kneeling, suggesting a scene of mourning or a significant event. The overall style is reminiscent of a woodcut or a detailed engraving.

Escoge esta actitud tradicionalista aquel momento del pasado que más añora y, cortándolo de un modo tajante del antes y el después, le atribuye un carácter de eternidad. Pero ese momento de la Historia, el que sea, fué así porque otros le precedieron; de suerte que, para poder revivir el instante ideal habría que revivir todo el pasado del mundo hasta entonces. Es lo que el revolucionario absoluto puede fácilmente admitir, pero el verdaderamente tradicional no puede, en buena lógica, ni imaginarlo siquiera. Por otra parte, ese momento ideal, efecto de los anteriores, fué, a su vez, causa de los siguientes. Así la tradición no se detiene nunca. El intento de olvidar unos siglos para revivir uno determinado conduciría a resultados tan catastróficos como la revolución, si de la mera retórica quisiese pasar a realidad literal y concreta.



Esto no quiere decir que todos los mo-

mentos de la Historia sean igualmente valiosos, ni que el tiempo, hambriento y crudo, como decía fray Luis, arrase todos los puentes que se han ido alzando sobre su corriente huidiza. Hay épocas de grandeza y de abatimiento, y en el orgullo de lo mejor que ha creado en el transcurso de los siglos debe un pueblo encontrar estímulo para el futuro. El orgullo de la grandeza escurialense de la España de Felipe II ha exaltado la dignidad de una juventud que vertió su sangre sin tasa para que no muriese ni quedase en la abyección la Patria de tan hermosas glorias. Los ideales mismos de la España de los siglos duros no han caducado tampoco, y más que un horizonte de melancolla son horizonte del anhelo. Pero ni esos ideales pueden suponerse vinculados a formas adventicias y pasajeras, ni tampoco puede suponerse que su mera proclamación les haga entrañarse de realidad y vida palpitante. El Imperio de la comunidad católica española sería, qué duda cabe, una solución. Pero en el mismo anhelo se plantean los problemas. ¿Cómo darle a España la plenitud, la magnitud, la eficiencia, la fecundidad, la unanimidad de entonces? Precisamente porque esos ideales son los más valiosos fines, precisamente por eso no son medios. Por eso la Falange, al afirmar esos fines como anhelo para el futuro, afirma, a la par, que no se logrará el recobro de la grandeza española sino partiendo del alma y las condiciones de la época en que vivimos, de sus necesidades, de sus circunstancias, de sus fatalidades propias, absolutamente heterogéneas a las de ningún momento pretérito. "Eadem mutata resurgo", decía la espiral de los Bernouilli.



"Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en real-
justar el mundo. Se afanan por el
camino de la acción y, lo que importa
más, por el camino del pensamiento,
sin cuya constante vigilancia la acción
es pura barbarie. Mal podríamos sub-
trarnos a esa universal preocupación
nosotros, los hombres españoles cuya
juventud vino a abrirse en las perpe-
lidades de la trasguerra."

JOSE ANTONIO

COÑAC

Juan Carlos

Francisco Soler

La figura de Donoso Cortés y la ortodoxia carlista en el siglo XIX

El "tradicionalismo" francés y el carlismo español.--El concepto de la tradición.--Las evoluciones de Donoso Sus maravillosas profecías

Por J. E. CASARIEGO



P OCOS valores hay en nuestro triste siglo XIX que descuelen con tan positivos méritos como don Juan Donoso Cortés, el gran cantor y el gran profeta. Hoy día, en este resurgir corajudo a que nos impulsó la guerra, viviendo de lleno los fieros daños que él nos anunció, su figura cobra actualidad palpitante. Se habla de editar y divulgar sus obras, y se extiende una saludable afición a su estudio.

Pero en este resurgir donosiano se habla demasiado de tradicionalismo, de carlismo..., y el adjetivo tradicionalista, a secas, se le aplica constantemente. Mas Donoso no fué nunca carlista, y su tradicionalismo se apresta a confusiones, que me parece oportuno esclarecer.

Donoso, aristocrático, exquisito y esbelto, se irguió en los escaños y en los cenáculos de su tiempo para describir, con arrebatadora pasión, todos los males que habían de asolarnos. Traía en sus oraciones—según frase certera de Menéndez y Pelayo—"todo el ardor de sus patrias dehesas. extremeñas en estío", y por eso su palabra arrebatada, levantando oleadas de apiausos o tempestades de indignación.

De formación liberal, como buen discípulo de la Universidad salmantina, mirada entonces por las corrientes enciclopedistas y utilitarias, y por sus relaciones con el exaltado poeta Quintana, fué, en buena etapa de su vida, un liberal doctrinario, que no sintió escrúpulos en autorizar el inicuo despojo que el impio Mendizábal hizo a la Iglesia, ya que ocupaba en aquellos momentos, tan dolorosos para el catolicismo español, un cargo tan confiado como el de secretario de la Presidencia del Consejo.

Más tarde, un triste acontecimiento familiar (la muerte de su hermano Pedro, acaecida en 1846) cambió el rumbo de su pensamiento, hasta el punto de transformarle en uno de los exaltados defensores de la causa católica. No se convirtió, sino que redobló su fervor, dijo Pidal y Mon... constante, jamás fué



carlista. Ni tradicionalista, tan siquiera, con arreglo al concepto ortodoxo, puro y único que los carlistas tenían de todo ese magno sistema político-filosófico que se encierra en un amplio concepto de la palabra "Tradición". La Tradición, que medio siglo después había de hallar su más sublime poeta y su definidor más exacto y seguro en el incomparable Mella, voz augusta del carlismo y de España, en cuya terca y encendida defensa se alcanzaron las más altas cimas de la oratoria castellana. Por cierto, que no está de más recordar aquí que un masón tan significado como Azcarate fué quien reconoció que Mella había dado "un carácter científico al carlismo".

Fué Donoso, en la política de los días decadentes que vivió, un defensor acérrimo del Trono, ilegítimamente alcanzado por su origen y más ilegítimamente usufructuado por el ejercicio, de doña Isabel, a cuyo Gobierno sirvió de agente al lado del general Rodil, héroe del Callao, pero cruel perseguidor de los "faciosos", para evitar el levantamiento carlista de Extremadura, donde Donoso ejercía una especie de cacicazgo. Para él, ese Trono era la defensa de la sociedad española y venía a ser, en tal posición, un "conservador". Una buena prueba de esa concepción conservadora, por otra parte completamente compatible con el liberalismo, está en la "Memoria" notabilísima que envió al Rey Fernando, en la cual, al estudiar los problemas del Estado, abogó por una fuerte participación en el Poder de las clases "conservadoras", de la burguesía rica, mercantil y burócrata, frente a la influencia del clero, la nobleza y las instituciones populares antiguas. Pocos años después, en otra "Memoria" dirigida a la Reina Regente, defendió la Monarquía liberal en tonos, al parecer tan exaltados, que no se creyó conveniente su publicación.

Era en tal fecha partidario de la democracia con elección directa.

Murió en plena juventud intelectual, y de haber vivido y alcanzado la revolución del 68 y los acontecimientos que la siguieron, hubiese terminado en el tradicionalismo sin mancha de los defensores de la dinastía carlina.

Si Donoso hubiese sido carlista. Faltamente hubiese tenido que desembocar en el carlismo. Porque a lo largo de nuestro siglo XIX, en el proceso evolutivo del pensamiento, ocurre que, así como el español que se iniciaba en el liberalismo, y de peldaño en peldaño iba descendiendo por las consecuencias lógicas hasta llegar a ese concepto, vagamente anarquista, de los republicanos

"avanzados", el que se iniciaba en el catolicismo práctico como fuente de normas políticas y con arreglo a ellas meditaba sobre las lecciones de la Historia, terminaba siendo carlista. Esto le ocurrió a todos los hombres de su caso, y lo mismo le hubiese ocurrido al genio metódico y analizador de Balmes. Casi todos los grandes carlistas de aquel período llegaron así a la verdad de la causa. Por un proceso de autoconvencimiento intelectual. Ni Aparisi, ni Nocedal, ni Navarro Villoslada, ni el mismo Tejado, discípulo de Donoso, fueron carlistas en su primera época, y, sin embargo, llegaron a ser los maestros directores de aquel grandioso florecimiento que, a las órdenes de un Rey insigne, estuvo a punto de lograr sus fines en 1873.

Donoso Cortés era, en política, sobre todo después del 46, un auténtico conservador, un estacionario, cosa que, como se verá unas líneas más adelante, no ocurría con los carlistas; y en filosofía un "extremista" de la secta de dudosa ortodoxia del "tradicionalismo" francés, que tuvo sus campeones en el vizconde clérigo Luis de Bonald y en el canónigo Bautain, y de cuyas teorías dijo Menéndez y Pelayo que no eran "de la escuela de Santo Tomás y de Suárez, sino otra escuela siempre sospechosa, y para muchos vitanda, que la Iglesia no ha hecho más que tolerar, llamándola al orden en muchas ocasiones, y en el último Concilio (Vaticano), de un modo tan claro, que ya no parece lícito defenderlas, sino con grandes atenuaciones".

Esta tendencia consistía en negar rotundamente los legítimos fueros de la razón humana, supeditándola por completo a la Tradición y a la Revelación divina (Mella la llamó "revelacionista"). Su origen es, en cierto modo, explicable como reacción airada y brusca contra un racionalismo desenfrenado (fruto, a lo largo, del Renacimiento y de la herejía luterana), que entonces se hallaba en gran boga, y para el cual la razón del hombre no debía conocer límites y podía alcanzarlo todo. Pasó, pues, lo que ocurre con los objetos que se desprenden en la cubierta de un navío agitado por las olas, que van a violentos bandazos de una borda contra otra, sin pararse jamás en su sitio. Un bandazo de la reacción contra el racionalismo fué el "tradicionalismo riguroso", que tanto llegó a bullir en Francia en la primera mitad decimonónica.

Pruebas de los contactos de Donoso con esta tendencia se encuentran muchas en su obra. Vaya ésta de ejemplo:

"La razón humana no puede ser la verdad, si no se la muestra una autoridad infalible... La naturaleza del hombre está enferma y caída... Estando enfermo el entendimiento, no puede inventar la verdad ni descubrirla." (Carta dirigida a su amigo Montalambert.)

El error de este sectarismo era grave y los daños que pudo haber causado en el progreso humano, de haberse extendido, enormes.

En cambio, el carlismo, el genuino tradicionalismo español y "a la española", estuvo siempre en su puesto exacto, simple y puramente subordinado a la filosofía inmortal de la Iglesia.

En lo político, salvando toda clase de distancias, circunstancias y consideraciones personales, puede compararse a Donoso con Metternich. El gran estadista imperial de Austria era un "regresista", y toda su obra tendió a restablecer el antiguo estado de cosas, como si la revolución francesa y las guerras napoleónicas no hubiesen pasado por la Historia; empeño que sólo consiguió parcialmente y con grandes tropezones, hasta que se le vino estrepitosamente al suelo con el movimiento revolucionario de 1848, que fué una de las más honras y

"He aquí la tarea de nuestro tiempo: devolver a los hombres los saberes antiguos de la norma y el pan. Hacerlos ver que la normalidad es mejor que el desenfreno; que hasta para desenfrenarse alguna vez hay que estar seguros de que es posible la vuelta a un asidero fijo. Y, por otra parte, en lo económico, volver a poner al hombre los pies sobre la tierra, ligarle de una manera más profunda a sus cosas; al hogar en que vive y a la obra diaria de sus manos."

JOSE ANTONIO

transformadoras sacudidas que ha sufrido la cristiandad contemporánea. Metternich, lleno de buena fe, creíble posible "el regreso" en la Historia, el estancamiento de la Humanidad, error lamentable en el que jamás cayeron los carlistas españoles.

Sé que algunos se sonreirán al leer estas líneas, y me apresuro a salirles al paso. El carlismo pudo haber sido en sus primeros tiempos—no me dueñen prendas al reconocerlo—un partido "regresista" del tipo de los que se formaban en Europa; pero la larga experiencia y las amarguras de muchos años le sirvieron de crisol doloroso donde se purificó y dejó todo lo que de ocasional y conservador, en sentido materialista, pudiera haber en él; y, recogiendo en principios puros, la brándose con el mejor estilo sus grandes fórmulas, pudo culminar en un movimiento idealista y sublime que, por encima de los pleitos dinásticos y del partidismo sectario, llegó a ser la mística de "lo español", intérprete de los grandes ideales de la raza y definidor de los magnos postulados del "ser de España", hasta el punto de poder afirmar los dogmas eternamente nacionales.

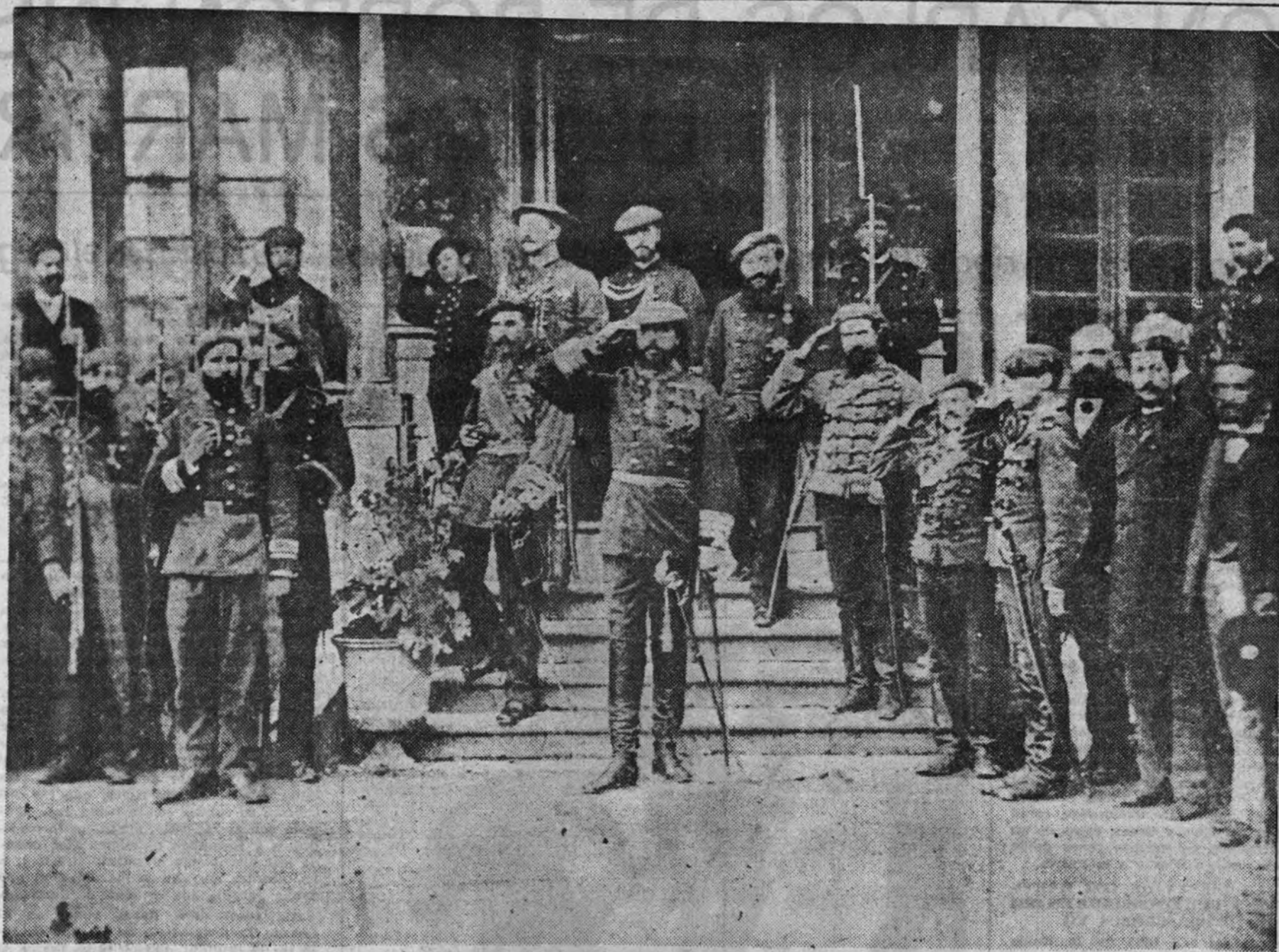
La prueba de esta opinión se encuentra en los documentos fundamentales de su ideario, y se condensa en la frase famosa: "El siglo XIX no es el siglo XVII."

Así, a título de ejemplo, espigados de su rica mies, pueden reproducirse algunos párrafos de la maravillosa Carta-Manifiesto que Don Carlos VII dirigió a su hermano Don Alfonso Carlos, último venerable Rey de la dinastía, que rezan así:

"La España antigua necesitaba de grandes reformas; en la España moderna ha habido grandes trastornos. Mucho se ha destruido; poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer; hase intentado crear otras nuevas, que ayer vieron la luz y se están ya muriendo.



Vázquez de Mella



Don Carlos presencia un desfile frente a su alojamiento de Tolosa

Con haber hecho tanto, está por hacer casi todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstrucción social y política, levantando en este país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso en el que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

Cosas que no pueden renacer. Otras que hay que crear. Intereses legítimos. Opiniones razonables. ¿Dónde está, pues, el cerrilismo, ofuscado y bárbaro, que tanto se le reprochó al carlismo?

Luego escribe, refiriéndose a la distribución de la riqueza, a la situación de las clases humildes y a la educación de los pobres, todo esto, cuando aún el socialismo marxista no existía prácticamente y los problemas sociales todavía no habían alcanzado la pavorosa magnitud de nuestros días:

"Conviene crear instituciones nuevas, si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que, debiéndose hacer justicia igualmente a todos y conservar a todos igualmente su derecho, le está bien a un Gobierno, bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa o indirectamente procurar hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado."

Insiste más tarde Don Carlos en otro de sus luminosos y proféticos documentos, donde hace un conmovedor llamamiento a los españoles:

"La causa es la fe de nuestros padres y la restauración en España de la paz, la justicia y la libertad verdadera... Tengo una gran ambición: la de salvar a España, que se hunde."

Donoso, como liberal, defendió en cierta época, y no sé que lo hubiese rectificado luego de un modo claro y terminante, el juego de los partidos y de los intereses en la gobernación del Estado. Carlos VII, decidido enemigo de los partidos, afirmaba: "Todos los partidos han errado o han pecado. Por el solo hecho de ser partido, son malos. Para mí, no hay nada más que españoles. O no tengo una alta empresa que acometer, o es la de acabar con todos los partidos. Yo no soy un partido, sino España. Esta empresa mía no es continuación de otra; es nueva... Mi pensamiento, que ha de manifestarse en forma conveniente, es de una gran conciliación de tiempos y de hombres." He de llamar hombres notables de todos los partidos, y si se excusan diciendo que pertenecen a éste o al

otro partido, yo les contesto que la Patria es lo primero, y que yo les llamo para que sirvan a la Patria."

En la ortodoxia carlista, "la Tradición—dijo Mella—va transmitiendo de una a otra generación la esencia viva de la Patria. Los liberales encadenan la vida nacional a instituciones mudables y efímeras que no responden al espíritu de la Patria y a los sentimientos nacionales."

Es, por lo tanto, "la solidaridad en las generaciones". Por eso, según esa interpretación, la tradición no miente nunca, sino que, por el contrario, recoge las palpitaciones vivas de los pueblos, enlaza sabiamente las de unas generaciones con las de otras, y es, al mismo tiempo, motor que impulsa el progreso contra las resistencias del estancamiento y freno que detiene los impulsos que carecen de consistencia y de apoyo. Para la ortodoxia del buen tradicionalismo español, la tradición es la Historia vivida y revivida de un día y otro. Y la Historia, no hay que olvidarlo, es muestra de la vida. Nada pasa por el mundo inútilmente, y aun las mayores convulsiones dejan un poso que, tamizado, recogido e incorporado a la vida, forma la tradición. Por ello, los carlistas de 1933 no pensaban ni actuaban, en orden a las realidades políticas, del mismo modo que los de 1833. Hay, eso sí, unos grandes principios inmutables y eternos, divinos unos, porque emanan de Dios, y nacionales otros, porque están inextricablemente fijados por la raza, la geografía y el clima. Pero los demás van evolucionando lentamente al compás del caminar humano, por la magna calzada de la Historia. Prescindir de la Tradición en este recto sentido, es la mayor monstruosidad en que pueden caer las naciones. La fuerza de la Tradición es inmensa, y una voz tan autorizada como la de Mussolini lo ha reconocido así cuando afirmó "que la Tradición es una de las mayores fuerzas espirituales de los pueblos, por ser creación sucesiva de su alma."

Por su parte, un pensador converso, el catedrático Sr. García Morente, hizo en sus recientes conferencias de Buenos Aires esta admirable definición:

"El Tradicionalismo no significa ni estancamiento ni reacción; no representa hostilidad al progreso, sino que consiste en que todo el progreso nacional haya de llevar en cada uno de sus momentos y elementos el cuño y estilo que definen la esencia de la nacionalidad."

Unamuno también sintió la inquietud intelectual de ocuparse de la Tradición, y la definió así en su trabajo "En torno al casticismo":

"Pero mientras no nos formemos un concepto vivo, fecundo de la Tradición, será de desviación todo paso que lemos hacia adelante del casticismo. Tradición, de tradere, equivale a "entrega", es lo que pasa de uno a otro, trans, un concepto hermano de transmisión, traslado, traspaso. Pero lo que pasa queda, porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas."

Angel Ganivet, el hombre encrucijada, de tan difícil cualificación, sintió, a lo largo de su corta vida genial, la preocupación de lo tradicional como terapéutica única que curase nuestros males. Y así pudo escribir en su "Idearium": "Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la Tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en defensa del Catolicismo, no cabría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres, y añadir a la tristeza de su vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos a la influencia de las ideas de nuestros vencedores."

La Tradición no es, pues, repito, estancamiento, sino progreso y auténtico y sólidamente desarrollado. La experiencia histórica nos ha enseñado que los progresos artificiales se vienen rápidamente al suelo. Un progreso que esté únicamente en la mente del gobernante y no en la colectividad de los pueblos, dura lo que aquél, y a veces precipita su caída. Esto ocurrió en muchas naciones donde los Reyes quisieron adelantar de un salto, y, o no lo consiguieron, como en la Rusia del siglo XVIII, o provocaron una revolución que les costó el Trono, como en el Afganistán, en 1928.

En cambio, los progresos que van imponiendo, porque los admite la Tradición, son indestructibles, puesto que forman parte de ella. La Tradición no es una cultura ni una civilización—aunque esté en todo su esplendor—que se detiene, se estanca y pronto es desbordada por el tiempo, convirtiéndola en instrumento ineficaz, sino, por el contrario, es la evolución constante de la Humanidad. Tradición es todo lo que realiza un pueblo, pasa por el tamiz de la experiencia y el tiempo.

Estos párrafos citados y estas consideraciones son, por decirlo así, un ejemplo superficialísimo para poder darse cuenta de lo que fue "la ortodoxia del carlismo español". Ahora bien, ¿responde a eso la obra gigante de Donoso?

Desgraciadamente, el gran maestro extremeño murió—como Balmes—antes de contemplarla. En su época, el carlismo no había cuajado todavía en toda su

maravillosa perfección, y, por otra parte, el "revelacionismo" francés y el "regresismo" de Metternich eran monedas que se cotizaban a muy alto precio en el campo de las especulaciones político-filosóficas. Además, Donoso estaba muy hondamente influido por la moda francesa, y aun su misma prosa y su oratoria exuberante están plagadas de galicismo, aunque esto lo haya él mismo intentado atenuar, aduciendo la escasez de la terminología castellana. Por otra parte, su calor polemista le hacía precipitado en todo, y aun en su libro fundamental, el "Ensayo" ("Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, considerados en sus principios fundamentales", publicados simultáneamente en Madrid y París, allí por Veuillot), la fantasía colorista del orador arroja al razonamiento analítico del filósofo y del crítico. Con todo, esta obra, como ha dicho Menéndez y Pelayo, ha resistido las críticas más hábiles y es, indiscutiblemente, una de las producciones más preciosas del pensamiento español contemporáneo.

De sus profecías, muchas se han cumplido. Magnífica es aquella en que anuncia los daños que el socialismo ha de causar a la civilización cristiana. En pleno Congreso, durante la sesión memorable del 30 de enero de 1850, después de apuntar el peligro de una Rusia que podía avanzar compacta sobre la Europa occidental, afirmó, refiriéndose al socialismo: "¿Qué es el socialismo, señores? El socialismo, señores, como el rey babilónico, es rey y bestia al mismo tiempo."

Igualmente magnífica es la defensa que hace de la guerra como fenómeno humano y castigo divino; la indicación de los peligros que para España encierran un Imperio francés dueño de Marruecos y de Argelia, con el que se mediatizaría a España por el Norte y el Sur, mientras que Inglaterra domina el Mediterráneo y el Atlántico su estudio sobre el fenómeno de absorción en los Estados modernos; su misión de una Rusia futura enemiga del Occidente; su posición sabiamente antibritánica...

No es este lugar para extender más las citas. Por los botones de muestra se puede ya apreciar la riquísima calidad del género.

Don Juan Donoso Cortés, defensor de la causa católica, profeta al servicio de la Patria, carlista frustrado por la muerte... Su estudio puede ser muy útil en estos momentos. Pero sin confusionismo, situando a cada uno en el punto exacto que ocupó en la Historia. El, en la grandeza de su genio. La ortodoxia carlista, en la augusta majestad de su pureza.

DON CARLOS DE BORBON INSTITUT DE LOS MARTIRES

En esta fiesta se rinde homenaje a los veteranos de las cruzadas del siglo XIX.

"ANTE DIOS NUNCA SERAS HEROE ANONIMO"



SI decía el artículo primero de las Ordenanzas de campaña del Ejército carlista durante las guerras del siglo pasado. Y así decía también la cartilla en la que constaba

la inscripción en el Requeté, antes del 18 de julio de 1936 y después, durante la nueva guerra, que terminó con la victoria de España en abril de 1939.

Sabiendo que ante Dios no hay héroes anónimos, lucharon contra la revolución materialista y anticristiana en las guerras del siglo XIX y en la última, bajo las banderas de Franco el Caudillo, los voluntarios de la Tradición.

La figura guerrera de estos hombres no es para escarceos literarios, sino para prosa como aquella de D. Ramón María del Valle-Inclán. Fuertes y duros, fervorosos y leales, con lealtad acrisolada durante más de un siglo, españoles de una pieza, siempre enteros y jamás doblegados, exigen, o una pluma como la del "marqués de Bradomin" o una sencillez periodística que cuente llanamente, como ellos eran, sencillos y llanos, cosas de su vida, ofrendada en muchos casos desde la misma cuna, a Dios y a la Patria.

LA FIESTA DE LOS MARTI- RES FUE INSTITUIDA EN 1895 POR CARLOS VII

A finales del año 1895 fué instituida la fiesta de los Mártires de la Tradición, que había de celebrarse anualmente el día 10 de marzo.

Carlos VII dirigió al marqués de Cerralbo, entonces secretario general de la Comunión Tradicionalista en España, la siguiente carta fundacional:

"Venecia, 5 de noviembre de 1895.

Mi muy querido Cerralbo: Ya te rogué por telégrafo dieras las gracias en mi nombre a los muchísimos que de toda España me felicitaron ayer por mi fiesta. Al reiterarlas por escrito, quiero comunicarte un pensamiento que, desde hace mucho tiempo, deseo encerrar en forma concreta.

Grandes son los progresos que, merced a tu inteligente iniciativa, a la cooperación generosa de todos los que te ayudan, y también a la fuerza de persuasión de la verdad y la justicia, tenaz y serenamente confesadas, ha logrado nuestra Causa. Pero si orgullosos podemos estar del presente, cúmplenos no olvidar lo mucho que debemos al pasado.

¡Cuántas veces, encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el estandarte de Carlos V, rodeado de otras cincuenta banderas, tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey.

Los Ocho y los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzategui nos han legado una



D. Pascual Pérez



Don Carlos VII

herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.

Y al fin, cada uno de esos héroes ha dejado en la Historia una página en la que resplandece su nombre. En cambio, ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto a mí, segados por las balas, besando mi mano como si en ella quisieran dejarme con su aliento el último saludo a la Patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de: "¡Viva la Religión!" "¡Viva España!" "¡Viva el Rey!"

Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado su alma a Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aun más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar a la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante.

Nosotros, continuadores de su obra y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber ineludible de honrar su memoria.

Con este objeto propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que, desde el principio del siglo XIX, han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para celebrarla el 10 de marzo de cada año, día en que se conmemorará el aniversario de mi abuelo Carlos V.

Nadie mejor que aquel inolvidable antepasado mío personifica la lucha gigantesca sostenida contra la revolución por la verdadera España durante nuestro siglo.

En los albores de éste, digno émulo de los héroes de la Independencia por su entereza y por su inflexibilidad en el cumplimiento del deber, irguióse enfrente de Napoleón, que, en el apogeo de su

deber, no consiguió doblegarle, como encarnación augusta de la Monarquía española.

En el segundo período de su vida ejemplar, reinando su hermano, fué también, en la primera grada del Trono, celoso custodio de las virtudes y tradiciones monárquicas, a la par que modelo de súbditos.

Y por último, a la muerte de Fernando VII, capitaneó la guerra de los siete años, que ha servido para dar nombre gráfico a los defensores de la bandera de la antigua España: los carlistas.

Estas razones me han determinado a escoger la fecha del 10 de marzo, que además despierta en mí conmovedores recuerdos personales, por ser aquel mes el culminante de la campaña de Somorrostro, y en el que vi morir mayor número de valientes al lado mío.

Ya conoces mi deseo, mi querido Cerralbo. Hazlo saber de antemano, como representante mío, a nuestras Juntas, a nuestros Circuitos y a nuestra Prensa, para que se preparen a celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida, esta fiesta nacional.

En ella debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables, para que sirvan de estímulo y ejemplo a los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor a Dios, a la Patria y al Rey.

Los Circuitos podrían, por ejemplo, premiar aquel día estudios históricos sobre los héroes de las respectivas localidades; la Prensa, ensalzar y divulgar sus hechos más gloriosos y propagar sus retratos; las Juntas, organizar funerales por los muertos de cada provincia, y si se conservan sus restos, restaurar en lo posible sus sepulcros y convocar a nuestros amigos para que recen sobre sus tumbas.

Obra del corazón ha de ser esta fiesta y con tributos del corazón hemos de celebrarla, más que con ostentosas manifestaciones. La fe, la gratitud y el entusiasmo reemplazarán en ella con creces el fausto y la pompa, que no se avienen bien ni con los gustos de la gran fami-

lia carlista ni por la situación en que se halla por su desinterés sublime.

Dame cuenta, te ruego, de todas las adhesiones que recibas a esta idea y de los preparativos que se hagan en los diferentes puntos de España para esta fiesta nacional que, desde el destierro, presidiré con todo el fervor de mi alma.

Guárdete Dios como muy de corazón lo desea tu afectísimo Carlos."

EN LA FIESTA DE LOS MARTI- RES SE RINDIO DESDE EL PRINCIPIO HOMENAJE A LOS VETERANOS

Desde que Carlos VII instauró la Fiesta de los Mártires se celebró en toda España—es un error circunscribir el tradicionalismo o carlismo a Navarra y a las provincias Vascongadas—y en todos los sitios a la vez se rezaba por los que habían caído en la guerra o en el cautiverio; se rendía homenaje a los veteranos supervivientes. Según la Orden Real la fiesta era celebrada por la mañana en la iglesia y en los camposantos, y, por la tarde, en los Centros o Circuitos carlistas, donde había veladas artísticas y literarias en honor de los mártires. En estas fiestas, los veteranos, que ese día cubrían su cabeza con la boina roja, chapada con el "C. VII", ocupaban la presidencia y formaban marciales aún, cuando era descubierto el retrato del Rey, a los acordes del Himno Nacional, al que daban guardia dos requetés de uniforme.

Así recordamos haber visto, en el Circulo Tradicionalista de la calle de Pizarro, 14, presidir una de estas fiestas al marqués de Tamarit, al conde de Rodezno y marqués de Sanmartín, y a un veterano que desde la ribera del Duero, en Aranda, su pueblo, se fué hacia la guerra de 1874 y, al volver, se quedó en Madrid, donde trabajaba de albañil. Porque el Partido Carlista, la Comunión Tradicionalista, era esencialmente popular, y sólo así se comprende que pudiese hacer tres guerras y tener en una de ellas 100.000 voluntarios formando en las filas de la Tradición.

Durante muchos años se celebraba el funeral en el Convento de Trinitarios de la calle del Príncipe, que fué incendiado por la horda el mismo día que se incendió la iglesia de San Luis, en la calle de Hortaleza, y la casa del periódico "La Nación".

En el centro del templo se levantaba un túmulo, en el que, sobre los negros paños, se destacaba el rojo de la boina que llevaban los soldados de Carlos VII.

EL VETERANO CARLISTA

El veterano carlista era un hombre inextinguible. Los veteranos habían ido voluntarios a la guerra, dejando en muchos casos familia y solar en el bando contrario, y después de luchar como bravos sabían de las amarguras del destierro y de las durezas de las persecuciones; pero nada pudo hacerles durar y se mantuvieron íntegros y leales a su bandera, que era la de España. Hombres de una pieza con la neta intransigencia líbera: "la santa intransigencia contra el error y el mal".

EL GENERAL PEREZ NA- JERA

Al hablar de los veteranos carlistas que vivían en Madrid, surge en seguida ante nosotros la figura arrogante, en medio de sus estrecheces económicas, del general don Juan Pérez Nájera.

Había nacido en La Rioja y era estudiante cuando Carlos VII tocó el clarín de guerra y, capitaneando una partida de



Los Sres. Pérez, Pradas, Bernal, honorarios del E

STITUYO EN EL AÑO 1895 LA FIESTA S DE LA TRADICION

XIX, a los que Franco concedió el grado de tenientes honorarios de nuestro Ejército

brancos mozos riojanos, se presentó en el Cuartel Real. Luchó como los buenos, y desde soldado llegó a coronel. Era algunos de los míos que a sus órdenes pelearon en los batallones castellanos me lo contaron muchas veces—un jefe duro de aspecto, pero de un corazón gigantesco, y en los ataques a la bayoneta era el coronel el primero y más bravo combatiente. Su actuación fue brillantísima, y si sobre su pecho lucía las cruces que le concediera el Rey, en su rostro llevaba también las señales de dos balazos con los que le condecoraron los soldados alfonsinos.

Leal siempre, cruzó con el Rey la frontera francesa por Valcarlos y oyó de sus labios el histórico "Volvere".

Don Juan Pérez Nájera estuvo en Francia emigrado, y al volver a España el Gobierno liberal le ofreció reconocerle el grado de coronel—en el destierro Don Carlos le había nombrado general—, pero rechazó el ofrecimiento y emigró a América. Allí creó familia y fortuna, pero todo lo dejó cuando, en 1898, las pérdidas de las colonias hacían prever un nuevo levantamiento contra los que hundieron a España sin pena ni gloria.

Después ya no pudo rehacer su vida, que hubiese sido lánguida y triste en otro hombre que no tuviera su temple.

Cuando Pérez Nájera—el general, como todos le llamaban—hablaba de la "santa Causa" su voz hacía temblar a todos de emoción.

¡Pobre general! D. Juan Pérez Nájera! Por unos meses no pudo ver entrar en Madrid—se habría puesto al frente de ellos—a sus mozos riojanos del Tercio de Nuestra Señora de Valbanera, cuyos padres entraron con él, a la bayoneta, en La Guardia. Don Juan Pérez Nájera murió dos meses antes de ser liberado Madrid.

SIEMPRE LEALES

Hemos dicho ya que los veteranos carlistas son siempre jóvenes. Y por ello no hemos querido hacer una frase, sino una afirmación. Ellos son siempre los de más encendido entusiasmo y los de fe más inquebrantable. En los momentos de crisis o en aquellos en los que se producían dolorosas escisiones, ellos siempre acertaron y jamás dudaron, porque les guiaba su lealtad a la Causa, contrastada primero en la guerra y después con su conducta digna de los soldados de la Tradición. Si de mozos supieron rechazar ofertas y tentaciones de los Gobiernos alfonsinos, cuando fueron hombres maduros y se cubrieron de años, siguieron siempre leales, y cuantas maniobras hicieron los que se decían afines para captar a los hombres de Tradicionalismo, los veteranos fueron los primeros en desbaratar las maniobras de los alfonsinos, de los mestizos, de los hombres de la defensa social y de los de la social democrática.

La mayoría de los manifestos y escritos que Carlos VII dirigía a los suyos comenzaban así: "A mis leales." Y qué bien conocía Don Carlos de Borbón a sus soldados; porque siempre le permanecieron leales, y con lealtad sin mácula vivieron y aún viven algunos.

LOS PRIMEROS MUERTOS ROJOS

La Fiesta de los Mártires se ha venido celebrando sin interrupción ni aun en los días de la tercera República, en que la tiranía marxista ahogaba con su chusma y sus balas todo lo que fuese manifestación de fe en Dios y en España.

El 10 de marzo de 1932 se celebraba en una de las iglesias de Barcelona un funeral por los mártires

de la Tradición. En la calle se situaron grupos de separatistas, anarquistas o de la Izquierda, y hubo cuatro de ellos que penetraron en el templo. Algunos de estos iban fumando. Contados segundos duró su permanencia en la iglesia, pues rápidamente fueron lanzados de ésta. Tras ellos salieron unos requetés. En la calle se oyó un disparo, al que siguieron inmediatamente otros más, y en la calzada quedaron tendidos para no levantarse más dos de aquellos juaques que habían entrado en el templo con la pretensión de mofarse de aquellos funerales por las almas de los carlistas que habían muerto en la guerra, en la cautividad o en el exilio. Eran los dos primeros rojos que caían en España después de establecida la "República de trabajadores de todas clases".

EL CAUDILLO CONCEDE A LOS VETERANOS CARLISTAS EL GRADO DE TENIENTES HONORARIOS DEL EJERCITO

El Caudillo de España, Jefe Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S., dictó el 9 de marzo de 1938 el siguiente decreto de la Jefatura del Estado, por el que se concede el grado honorario de tenientes a los supervivientes de la Cruzada del siglo XIX:

"La histórica Comunión Tradicionalista, integrada hoy en F. E. T. y de las J. O. N. S., venía celebrando desde hace cerca de medio siglo la fiesta de los mártires de esta Causa en la fecha del 10 de marzo.

Todo el valor emocional y espiritual de esta fiesta, evocación de los que ofrecieron sus vidas en aquellas cruzadas del siglo XIX, que bien pueden considerarse precursoras del actual Movimiento Nacional, ya que fueron intentos y esfuerzos realizados por la auténtica España para reintegrarse al cauce de sus destinos históricos, debe ser recogido por el Nuevo Estado, que aspira a enlazar el espíritu que animó a los defensores históricos de las más puras tradiciones con

el esfuerzo actual por el resurgimiento patrio.

Teniéndolo así en cuenta, y en homenaje debido a los venerables supervivientes de aquellas gestas,

DISPONGO:

Artículo único. Se concede el grado honorario de tenientes del Ejército español a cuantos en las Cruzadas del siglo XIX fueron defensores de las tradiciones patrias y precursores de este glorioso amanecer de España. Previa solicitud, se les expedirán por el ministerio de Defensa Nacional los títulos correspondientes.

Así lo dispongo por el presente decreto, dado en Burgos a nueve de marzo de mil novecientos treinta y ocho.—FRANCISCO FRANCO."

LOS VETERANOS LUCEN EN SUS BOINAS LAS DOS ESTRELLAS DE TENIENTES

El anterior decreto del Generalísimo fué recibido con gratitud, como premio justo al sacrificio y a la lealtad de los veteranos de las guerras carlistas.

Esta distinción era justísima, pues si el veterano era una institución gloriosa dentro de la Comunión Tradicionalista, lo ha sido también en todos los Estados y en los Imperios. En Roma, el título de veterano no era únicamente honorífico, sino que el que lo conseguía gozaba, por derecho propio, de ciertas ventajas que los autores clásicos resumen en breves fórmulas, tales como: "legítima praemia veteranorum", "emritum", "commoda missionum" o "veteranorum", o "emertae militiae". Los veteranos romanos gozaban además de otra clase de privilegios cuya enumeración figura en diferentes títulos del Digesto y de los Códigos, especialmente en el "De veteranis", que les estaba especialmente dedicado. En el terreno honorífico obtenían, ellos y sus hijos, la categoría de decuriones.

Los veteranos se acogieron al decreto de Franco, y a la mesa de despacho del general Dávila, entonces ministro de Defensa Nacional, fueron llegando solitu-



S. E. el Jefe del Estado y Generalísimo
de los Ejércitos Nacionales

y en su nombre

el Ministro de Defensa Nacional

POR CUANTO atendiendo a que vos, D. Gregorio Gumiel
Pérez, fuisteis defensor de las tradiciones patrias en las Cruzadas

Carlistas del siglo XIX, precursoras del glorioso amanecer de España, y os halláis por ello comprendido en el Decreto de 9 de Marzo de 1938 ("Boletín Oficial del Estado", número 507), se os nombra

Teniente Honorario del Ejército Español

POR TANTO, y a fin de que en todo momento y lugar se os haya y tenga por tal Teniente Honorario y se os guarden todas las consideraciones y prerrogativas que a ese grado correspondan, expido el presente despacho en Burgos, a 8 de Mayo de 1939. Tercer Año Triunfal.



El Ministro de Defensa Nacional

Francisco Franco

Título de TENIENTE HONORARIO DEL EJERCITO ESPAÑOL, a favor de
D. Gregorio Gumiel Pérez.

des de los que, soldados de Carlos VII en la última guerra del siglo pasado, querían ahora ser tenientes honorarios del Ejército del Caudillo Franco. Y otorgado el título correspondiente, del que reproducimos un grabado en esta página, los veteranos se pusieron en sus boinas las dos estrellas, signo de su cargo.

ALGUNAS DIPUTACIONES PROVINCIALES CONCEDEN PENSIONES A LOS SOLDADOS DE DON CARLOS

La Diputación Foral de Navarra, y después las Diputaciones provinciales de Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, Madrid, Tarragona, Castellón y alguna otra, han concedido pensiones vitalicias a los veteranos de la Tradición. La Corporación Provincial de Madrid, a propuesta del Sr. Portavales, acordó a principios del año 40 conceder una pensión diaria de cinco pesetas a los voluntarios de la última guerra carlista.

Los pensionados por nuestra Diputación son seis:

Don Cándido Julver, de ochenta y cinco años.

Don Pascual Pérez Ruberte, médico, que aún prestó servicios propios de su carrera en el Movimiento Nacional. Tiene ochenta y siete años de edad.

Don Cipriano Bernaola, de ochenta y cuatro años. Voluntario a los quince, luchó en el Ejército del Norte y fué uno de los alféreces más jóvenes del Ejército de Don Carlos. Emigrado a Francia se fué desde allí a Cuba y volvió, ya viejo, a España.

Don Juan Peregrina, tiene ochenta y siete años y es portero de la casa número 13 de la calle de Cervantes. Peregrina combatió en el Maestrazgo a las órdenes del general Marcos Bello.

Don Juan Bravo, voluntario a los diecinueve años, pasó con Don Carlos a Francia, donde estuvo varios años emigrado. Tiene actualmente ochenta y ocho años.

Don José Pradas Santos es un viejo alto y arrugado, con vivos ojos y torpe oído, que nos cuenta aún animosamente, a sus ochenta y nueve años de edad, sus campañas en el Norte en los batallones cántabros.

DON GREGORIO GUMIEL, CADETE DE LA ACADEMIA DE CANTAVIEJA Y ALFEREZ CON EL GENERAL DORREGARAY

A las pensiones que ha concedido la Diputación de Madrid no han optado todos los supervivientes de la última guerra carlista, sino aquellos que necesitaban esa protección que con justicia les ha brindado nuestra Diputación.

Además de los seis nombres arriba consignados hay en Madrid otros veteranos carlistas, entre ellos D. Gregorio Gumiel y Pérez, que fué un alto jefe de Telégrafos y que hoy se halla jubilado, y vive en su casa de la calle de Rafael Calvo con sus hijos y nietos. Don Gregorio Gumiel tiene ochenta y siete años "bien

(Continúa en la página 11.)



D. Juan Peregrina

EL CURA SANTA CRUZ

Este guerrillero fué un hombre de raza.-Era un genio campesino y montés sin brillo externo ni aparatosidad, pero profundo y eficiente

Como los mejores políticos y guerreros que han intervenido en la vida nacional, desde hace algunos siglos, tuvo un defecto común: la falta de ambición

Por T. NIETO FUNCIA



I
ONFIESO que al comenzar este trabajo, tengo la obsesión de conseguir la tranquilidad y apostura que los historiadores clásicos supieron reflejar en sus héroes. Catilina, personaje mítico, en su conjuración es una verdadera unidad estética e histórica, un círculo completo, una fuerza elemental. Y como todo este valor relevante encuentro en nuestro Cura Santa Cruz, de ahí la ambición de darle en mi relato la gallardía estatuaría que consagró a los antiguos. Más fácil me era esta labor de acoplamiento, pero renuncié a ella desde un principio, porque los hombres después de Cristo, están tocados de una angustia suprema que les hace perder la similitud con los paganos, al desaparecer su elegante serenidad de hombres del mundo. Desde entonces sopla un viento celeste que agita los rostros y el ropaje dándonos compleción barroca bajo una aspiración infinita. La plasticidad morosa, benevola y definida de la tierra se ha perdido ya.

II
Hemos llegado a una coyuntura nacional donde apenas hay problemas teóricos que resolver. La unidad de España, no sólo política, sino espiritual, debe nacer de la guerra como los cristales de azúfre en el crisol. Sólo queda después la misión, casi divina, de troquelar las cosas en el empeño exaltado y sublime de nuestra generación combatiente y militante. Se necesitan, pues, caracteres graníticos, indomables, obesos de su gigantesca tarea. Sobre todo implacables y fieros para tiranizar a todo trance y arder en obsequio al siglo de luz que se avecina para nuestra Patria. He aquí por qué elijo a Santa Cruz entre los mil héroes hispanos con su leyenda de crueldad y terror. Aunque la tengo por inexacta, la aprovecho como aleccionadora contra la moralidad mope e impolítica que entronizó el liberalismo. El mismo Santa Cruz de carne y hueso sirve para esta lección por su actitud primeriza, ingenua y consecuente ante los grandes problemas de la vida que es de todo punto una guerra sin cuartel. Con él debiera iniciarse una serie de semblanzas de caudillos populares, donde la fuerza y la sagacidad de la raza se patentizan de modo inconfundible. Porque sigo creyendo en pie la llamada de Ramiro Ledesma a la actuación política, que debe ser efectivamente la última finalidad humana de todos los españoles. De no ser así, se frustrará la ocasión más alta de nuestra era. Y eso no puede suceder. El sol, pávido y triste hasta ahora, refundirá su

luz en haces magníficos para iluminar nuestras grandes batallas.

III
MANUEL IGNACIO SANTA CRUZ nació en Eduayen el 22 de marzo de 1842. Era más bien bajo, musculoso y fuerte; sobrio, austero, tenaz e infatigable. Comprendía maravillosamente el alcance de los principios más elementales cuando se ejecutan con voluntad ahincada. Seguro de sí mismo, audaz y autoritario. Obró con la firmeza del mejor fanatismo, sin que pueda decirse que le tocó la onda fáustica de soledad y duda, tan propia de nuestro tiempo en la gente no común. Fué un hombre de raza tanto por la impermeabilidad de los tópicos y prejuicios de su siglo bastardo como por su valoración simplificada y racional de las cosas. Caminaba recto y sin titubear hacia lo que pretendía. Ni la vida ni la muerte le inquietaban. Los goznes del mundo estaban para él bien seguros en las manos de Dios. Sus contemporáneos le reprochaban falta de "instrucción", pero nosotros hoy sabemos que es preferible tener carácter y buen sentido. Por otra parte, aprendió latín y humanidades con su tío Francisco Antonio Gasiain y Santa Cruz, y siguió la carrera late en el Seminario de Vitoria. En 1868 se hizo cargo de la Coadjutoria de Hernialde, don-

plicó grandes intereses. Don Carlos hubiera reinado en Madrid. El fin de la contienda por la traición de Vergara—la insensatez de Maroto, la habilidad de Aviraneta, la presión francoinglesa, que también quiere hacerse notar hoy, y la fortuna adversa—dejó pendiente el litigio que rebrotó en 1847, y cuando, después de la revolución de septiembre, la orgía política fué motivo de escándalo y la postración nacional exasperó a los mejores, estalló de nuevo la guerra, áspera y desigual, de estilo español.

Santa Cruz comenzó a intervenir como capellán de las fuerzas armadas por José María Recondo. Veamos cómo fué su salida de Hernialde.

Por entonces, Santa Cruz era párroco de Hernialde. A nadie ocultaba sus ideas legitimistas y es posible que estuviese complicado en los alijos de armas preliminares del levantamiento. Venía haciendo hasta ahora vida sacerdotal irreprochable. Una mañana de primeros de septiembre de 1870, el sobrino de los patronos del cura, que estaba cortando ramas de fresno para dar sus hojas a las vacas, vió llegar un destacamento militar. Avisó como pudo. Entre tanto detestaban a D. Manuel en la iglesia. Accedieron a dejarle desayunar y se escapó disfrazado, valiéndose de su astucia, aun-



condo apenas tenemos noticias de sus andanzas. Lo interesante es saber que a consecuencia de una derrota por la que los realistas hubieron de abandonar Segura, se disolvió el grupo, para acogerse los soldados al indulto como les aconsejaban sus jefes. En esta ocasión Santa Cruz se opuso enérgicamente, demostrando conocer la eficacia de la reiteración y de la osadía. Propuso un nuevo ataque a Segura, pero nadie lo consideró aceptable. Los jefes pasaron la frontera. Así se inicia la carrera bélica del Cura Santa Cruz.

Los voluntarios le aclaman, y después de excusarse algunas veces, acepta que le erijan en jefe suyo. La primera operación importante, que fué también la última de esta campaña, se dió cerca de Ochandiano, consiguiendo apresar con 25 hombres un convoy con fusiles, municiones y cananías custodiado por 30. No consintió que nadie sino él llevase a un herido a sitio seguro, y a la vuelta, completamente solo, se encontró de súbito con los liberales, a quienes se entregó declarando quién era. Se le condujo a Aramayona entre golpes y burlas. A fuerza de ruegos consigue que le dejen asomarse a un balcón, donde se arroja y huye. Permaneció largo rato metido en el agua de un regatillo que pasaba por allí. Un campesino le llevó a su casa en secreto, donde se restableció del malestar en que había caído a consecuencia del frío.

Este caserío se llamaba Urdingio, y en él permaneció algunas horas, hasta que fué llevado a una cueva que desde entonces se llama de Santa Cruz.

VI

Los mejores políticos y guerreros que han intervenido en la vida nacional desde hace algunos siglos, tienen un defecto común y fundamental: la falta de am-



Cabrera recibe las primeras bendiciones del obispo en su estado clerical.

de le llamaban "el cura chiquito". Dentro de su apariencia reservada e imperceptible le consumía una vehemencia arrolladora; la misma "vehemencia cordis" celtibérica que descubrió Tito Livio entre nosotros.

IV

La primera guerra carlista podría decirse que fué la más popular de las luchas modernas. Toda España era carlista, y sólo unas minorías activas supieron aprovechar las incidencias para imponer a la Patria un rumbo que creían renovador. Desde el siglo XIX aparece entre nosotros la escisión capital de las poblaciones nacionales: de un lado, la gente de historia, con patrimonio físico o moral heredado, depositaria de la tradición viva de sangre y de temperamento, el soporte humano del destino de la comunidad; el otro, ahistórica, proletaria de cuerpo o de alma, sola hasta la angustia dentro de sus ámbitos, fermento de la revolución devastadora. Originariamente los realistas eran los primeros, y originariamente también los segundos fueron poquitos. Más tarde se complicaron los términos como todo se confunde. España ardía. Y con Zumalacárregui o sin la venta de los bienes eclesíasticos que im-

que los soldados vigilaban la casa. El hijo, que le vió salir, dijo a su madre:

—Don Manuel se ha fugado.

Y ella respondió:

—¡Callate!

Esta complicidad tácita y fidelísima del paisanaje había de ser uno de los puntales más firmes. Pasa por Andoain, donde le dieron limosna como a un mendigo, y al llegar a Oyarzun, base militar de los liberales, cuenta su guía que penetró así: "Apenas entra en la plaza es recibido con un "¡Alto!", y él nada. "¡Alto!"—vuelven a gritar más fuerte—, y tampoco contesta. "¡Alto! ¿Quién vive?"

—¡España!

—¿Qué gente?

—Si sabré yo mismo qué gente, con tanto trastorno como hay!

—Sigue, sigue—le contesta riéndose el centinela.

Santa Cruz contaba con la afabilidad más infantil de la naturaleza humana. Por eso había decidido ocultarse pasando al terreno enemigo de la misma manera que cuando se escapó de Aramayona, y había de decir: "No, no tengo que ir lej-

V

Como capellán de las fuerzas de Re-



Antonio Dorregaray, marqués de Era-ail, jefe del Ejército carlista durante los días del cura Santa Cruz.

Almacenes
de maderas
y fábrica
de aserrar
de
Venancio
Gascuña García
CUENCA

bición. Quizá el último ejemplo notorio de aquella clase fuese Alberoni, quien, como italiano, tenía contextura moral extraña a nosotros. La ambición en el político es una llamada imperiosa de su destino excepcional, el ardor de su genio. Y nunca debe considerarse por el historiador como pasión vergonzosa. No es egoísmo, ni vanidad, ni soberbia; es vocación altísima, inquietud voraz, casi predestinación. Si Zumalacárregui hubiese sentido esta llamada, con Don Carlos y su corte, o sin ellos, habría salvado a España. El genio organizador de Cabrera y la reacción popular de 1808 nos dice cuál es el vigor político español, y lo mismo que Zumalacárregui se podría esperar de otros mil. El secreto de actitud eficaz para salvar a la Patria lo poseerá un ambicioso de fama y de gloria; ni siquiera un santo. El cura de Hernialde también tenía espíritu templado para llevar adelante su bandera; pero su obsesión era salvar el alma y no cumplir un designio providencial y sagrado como español. He aquí por qué, conmovido en Urdingo por la bondad de sus huéspedes, que lo exponían todo por el guerrillero, hizo voto de ir a misiones en honor de la Virgen. Nadie sabe lo que hubiera conseguido aquel hombre incorruptible, valiente y popular, de no quebrar por su falta de ambición. Mantuvo su criterio contra todos en la guerra, pero ¿por qué no lo hizo hasta el fin? Nadie fue más riguroso ni más justo en el campo. El fue el único hombre de España en 1872.

VII

A fines de aquel año todo estaba perdido por la Causa carlista. Los movimientos del 70 y del 72 fracasaron por la falta de jefes, y el pueblo se sintió defraudado. El ambiente anidaba una insatisfacción enorme por la nulidad de tantos esfuerzos económicos y morales. Sólo Santa Cruz, que había marchado a Francia desde su cueva, supo reanudar vigorosamente la lucha. Necesitaba reanimar a los suyos con decisión y atrevimiento, amedrentar a los enemigos y crearse el estado de beligerancia en el teatro de la guerra para conseguir apoyo y obediencia de los tibios. El 1 de diciembre del año 1872 acudieron, convocados por el cura, 50 mozos al cementerio de Biriatu (Francia); pasaron la frontera aquella misma noche dirigiéndose a buscar armas ocultas en la Peña de Aya. Su primera acción fue esperar al dueño del caserío de Oyarzun, Portuberi, para castigarle por no haber guardado unos fusiles que le encomendó Santa Cruz. Cuando llegó dispuso el cura que le diesen algunos palos. Su mujer suplicaba:

—¿Señor, no hay culpa; no hay culpa!
—¡Dale, dale!—insistía Santa Cruz.



Don Jaime con el uniforme del batallón infantil de Requetés.



Una partida carlista vivaqueando en los montes vascos, según un grabado de "La Ilustración Francesa" de 1873

Parece como si en tales casos obedeciese a un orden superior incontestable. En otra ocasión ordenó al cartero de Tolosa que dejase su empleo. Prometió hacerlo y no lo cumplió. Al caer en sus manos, después de cierto tiempo, le dijo: "¿Te acuerdas de lo que te ordené? ¿Te acuerdas de lo que me prometiste? ¿Te acuerdas con lo que te amenacé? Pues no hay más que hablar." Su método era afrontar los problemas con urgencia y resolución. En aquellos primeros días castigó a otros paisanos y reclutaba hombres mientras se mantenía en el campo y burlaba a sus perseguidores. La reclusa la hacían sus muchachos llamando a sus amigos, que éstos acudían espontáneamente a medida que se extendía la fama y el prestigio del cura.

Xabalo José Ignacio Recalde cuenta su entrada en la partida de este modo: —¿Dónde está el hijo?—le preguntaron a mi padre.

—Acostado—respondió él.

—Que venga.

—¿A qué?

—Soldado con nosotros; ahora todos los muchachos salen al monte.

—Bueno—respondió mi padre—; y me llamó.

Entre tanto la guerrilla sostenía encuentros diarios con los miqueletes de Arana y con las tropas de Urdapilleta. Lojencio y López, que ejecutaban el plan propuesto por la Diputación guipuzcoana para terminar rápidamente con ella. Santa Cruz, que tenía dividida sus fuerzas en dos secciones al principio—la que le acompañaba y la de Soroeta—, destinadas a la zona de Oyarzun y frontera de Francia, logró burlar al enemigo. El 28 de diciembre de 1872 distribuyó sus hombres en cinco compañías y una sección, y llevaba dos banderas: la nacional y otra con el mote "Guerra sin cuartel". Y Santa Cruz ostentó el luto de la España hundida con su bandera negra.

Así, pues, en el corto espacio de veintitantos días, con su sistema de energía y movilidad asombrosa, tuvo en pie de guerra 400 hombres y consiguió crearse el ambiente de temor que le convenía en toda Guipúzcoa. Fue por entonces cuando Santa Cruz capturó a la mujer del boticario de Hernani, acompañado por dos de los suyos, únicos que se atrevieron a seguirle en un golpe de mano temerario más que audaz. El objeto era hacer un prisionero de caidad para obtener el canje de dos muchachos que cayeron en poder de los nacionales. Al día siguiente se efectuaba así. Fusiló a una mujer de Arechavaleta y poco más tarde a unos paisanos por espías. Especialmente sona-

da fue la ejecución del alcalde de Anoeta, Rafael Otamendi, por espía también. Esperando libertarse se negó a seguir a los soldados de Santa Cruz, por lo que hubo de fusilarle en el acto ante el peligro de que llegasen tropas de Tolosa, que distaba sólo dos kilómetros. Los liberales, en represalia, detuvieron al cura de Anoeta, matándole a bayonetazos en las calles de Tolosa. Se dice que el jefe de la fuerza, al enterarse, rompió su espada y se negó a mandar a tales hombres. En un choque que tuvo lugar en Usurbil murió el coronel Osta, que mandaba a los liberales. El resultado de esta campaña, al final de enero, fue que la Diputación de Guipúzcoa ofreció 10.000 pesetas por la cabeza de Santa Cruz, a quien consideraban enemigo fortísimo. El generalísimo de las fuerzas carlistas en el Norte, Dorregaray, respondió a esta medida ofreciendo a su vez 20.000 pesetas por la del diputado Aguirre.

VIII

Santa Cruz era un genio campesino y montés, sin brillo externo ni aparatosidad, pero profundo y eficiente. No esgrimía ar-

mas en los combates, sino que vigilaba, apoyado en palo fuerte, con sangre fría y terquedad, en medio de los mayores peligros. En el choque de Iturrioz, donde bató hasta consumir las municiones al general González, estuvo al descubierto en lo más recio de la pelea.

—Póngase al abrigo de la pared, que le van a dar—le gritó uno de los suyos.

—¿Crees tú que los tiros de esos me pueden tocar?—contestó.

Quiso hacer de Aya su centro de operaciones y abastecimiento fortificándolo. Contó para ello con Lizárraga, a quien visitó en Zarauz, y llegaron a acordar poner fin a sus diferencias derrotando juntos a los liberales. Lizárraga traicionó al cura, y cuando el general Primo de Rivera (Fernando) atacó Aya con fuerzas muy superiores no sólo no les prestó la ayuda convenida, sino que le envió municiones. Todo hace creer que Lizárraga era un traidor más o, por lo menos, torpe y negligente. Los muchachos de Santa Cruz fueron arrollados y perdió gran cantidad de hombres, municiones y armas. Entonces fue cuando, lleno de rabia y de entereza, con los ojos encendidos, gritó a su gente: "¡Sin fusiles ni cartuchos no se puede luchar; los nuestros nos los niegan, hay que arrebatárselos al enemigo!" Y vertiginosamente se encamina hacia Deva, perseguido por el vencedor de Aya, que esperaba deshacerlo. Una vez allí pasa en seguida la siguiente intimidación: "O se me entregan todos los fusiles y municiones inmediatamente, en cuyo caso dejaré libre la guarnición o, por el contrario, paso todo a sangre y fuego. Tiempo para deliberar, diez minutos." La guarnición entregó amedrantada cuanto le exigió, y poco después entraban los liberales que seguían a Santa Cruz.

En una acción que tuvo lugar por esta época en Arizulegui, murió Soroeta al comenzar el combate, perdiendo así el cura su colaborador más valioso.

"Se concibe forma más feroz de existencia que la del proletario, que acaso vive durante cuatro lustros fabricando el mismo tornillo en la misma nave inmensa sin ver jamás completo el artículo de que aquel tornillo forma parte y sin estar ligado a la fábrica más que por la inhumana frialdad de la máquina."

JOSE ANTONIO

Institución de la fiesta de los mártires de la Tradición

(Viene de la página central)

llevados"—como él nos dice—, aunque su mocedad fue dura. Nació en Paracuellos de la Ribera, provincia de Zaragoza, a los diecisiete años se presentó en la Academia de Cadetes de Cantavieja como voluntario en el Ejército de Don Carlos. En una ocasión Cantavieja fue atacada por los alfonosinos, y el cadete Gumiel, como sus restantes compañeros, defendieron bravamente la plaza.

He aquí cómo nos cuenta este anciano venerable su hoja de servicios:

"A los dieciocho años salí alférez de la Academia de Cantavieja y fui destinado a la columna que mandaba el capitán general interino coronel Valles, y más tarde, a las órdenes del capitán general Lizárraga, recorrí en la columna parte del Bajo Aragón y de la provincia de Tarragona. Relevado el general Lizárraga por D. Manuel Marcos Bello, y más tarde por el teniente general don Antonio Dorregaray, luché en la batalla de Mora de Rubielos, en la que hubimos de atacar a la bayoneta.

En Cantavieja tuve el honor de recibir al infante Don Alfonso y a su esposa, doña María de las Nieves, y hacer guardia en la casa donde se alojaban.

Poco después de la batalla de Mora de Rubielos, en la que la suerte nos fué adversa, dispuso el Mando que se formase una pequeña columna para operar a las órdenes de D. Manuel Madrazo, y con él realizamos buenos golpes.

Terminada la guerra me invitaron las autoridades militares alfonosinas a que reconociera al Gobierno, ofreciéndome dos ascensos con destino a Cuba; pero me negué, porque ello hubiera significado abdicar de mis ideas."

Don Gregorio Gumiel se anima al hablar de estas cosas, y de la mesa de su despacho saca dos amarillentos papeles; uno es su título de alférez de la Academia de Cadetes de Cantavieja, y otro el oficio del general Dorregaray, en el que, al presentarse en su Cuartel General, le reconoce el grado de alférez.

—¿Pero usted pasó la guerra de Liberación en Madrid?

—Sí, y aún vivo.

—¿Cómo pudo conservar ese título de alférez y ese certificado de Dorregaray?

—Muy sencillamente; en los primeros días de julio de 1936 hice un taladro en

una de las puertas de mi casa—y nos señala exactamente en cuál—y ahí los guardé, y ahí han permanecido durante nuestra gloriosa Cruzada de Liberación.

EL ANCIANO MUERE, PERO EL VETERANO NO

Los voluntarios que en 1873 y 74 lucharon en los Ejércitos de Don Carlos van siendo cada vez más escasos, porque los años que tienen son ya muchos y todo tiene su fin en esta vida. Los ancianos van muriendo, pero los veteranos de la Tradición perviven. A estos ancianos que la muerte se les va llevando, les reemplazan estos otros veteranos llenos de juventud, que lucharon desde el verano de 1936 hasta la primavera de 1939 a las órdenes de Franco en los tercios de Lácar, Montejurra y Oriamendi, que recuerdan batallas gloriosas de las otras guerras, y los del Pilar, Covadonga, Beñona, Montserrat, Almogavates, Nuestra Señora de la Valvanera, Mola, Alcázar, María de Molina y tantos otros tercios de requetés, entre ellos los de Andalucía, que llevaban los nombres de las vírgenes morenas de su tierra.

Francisco H. BOCOS



D. Gregorio Gumiel

Doctor Fernández de la Cruz

Laboratorio: Muñoz y Pabón, 11

Especialidades:

BRONQUIMAR
VITASUM
BISMUXEL
ENDOCALCIO
LECIMAR

SEVILLA

CONSPIRACIÓN CARLISTA

Por JOSE MARIA DE OLAZABAL



El más viejo rito religioso de los pueblos hace del héroe muerto, del hombre iluminado, aguerrido o combatiente que ofrenda su vida a la ilusión de un futuro mejor, norma, canon o ejemplo; pero cuando la fibra heroica que vibra al unísono en toda una

comunidad, la historia exige un grado subido de sacrificio a cambio tan sólo de un gesto de pasmo o de estupor hacia la sublime locura colectiva realizada, pero no se cuida de grabar en mármol y en bronce los nombres de la muchedumbre arrebatada hecha unidad en la esperanza, en el esfuerzo y en la muerte.

Sólo España ha sabido mantener en pie su recuerdo victorioso de San Quintín en la pétrea geometría de El Escorial y viva la eterna memoria de nuestra independencia en la conmemoración del Dos de Mayo.

Otra locura salvadora que no puede compendiarse en el nombre de una plaza conquistada o perdida ante el asombro del mundo, ni traducirse en una fecha o en una hora capaces de detener la marcha del tiempo, y las plazas cuya toma o rendición atestiguan a los humanos la pervivencia de una raza que tienen nombres en toda la geografía de España, busca en la fecha del 19 de marzo, que aquí se conmemora, su mejor expresión para recuerdo y ejemplo de todos cuantos nos sentimos orgullosos de nuestros abuelos cuando eran jóvenes como nosotros, cuando sentían ante la podredumbre de su siglo el mismo dolor de España que ha conducido por la misma senda heroica, con la misma bandera, con las mismas ilusiones, inquietudes y sacrificios, a lo mejor de nuestra generación.

Ante este portentoso florecimiento de la más vieja Causa, la fiesta de los Mártires de la Tradición, instituida por Carlos VII y celosamente guardada en la recatada intimidad carlista, ocupa por decisión del Caudillo puesto de honor en las conmemoraciones de nuestro Movimiento.

Pero nada más sugestivo y atrayente que llevar a nuestra memoria en esta fecha el recuerdo de los días llenos de zozobra y de impaciencia de la primera conspiración, de esa conspiración que fué escuela necesaria de las infinitas conspiraciones carlistas, hasta el punto de que ya casi no se podría saber si los carlistas eran carlistas por carlistas o carlistas por conspiradores. Tan consustancial había llegado a ser la conspiración con el carlismo, siempre incansable y luchador, cien veces vencido y cien veces resucitado, saliendo de las tinieblas con el fulgor de su arrojo, cada vez más decidido.

Entregada España en manos de los nuevos judíos españoles—como se calificaba en un interesante folleto publicado el 31 de agosto de 1814 a los galomantacos y demócratas—, y restaurada la Constitución de Cádiz como consecuencia del alzamiento de Riego, el gesto audaz de don Javier de Elio, capitán general de Valencia, tronco y cabeza de la más ilustre prosapia carlista, que restableció la autoridad de Fernando VII, quedó en un

todo deshecho y sin efecto. Pero no hubiera sido el ilustre general digno de tan honrosa descendencia, que aun en estos tiempos que corremos estuvo presente en la hora del sacrificio, alcanzando el galardón del martirio con la prócer figura del marqués de las Hormazas, jefe regional de la Comunión Tradicionalista en Guipúzcoa, si hubiera dado reposo por un solo momento a su inquietud por el restablecimiento de las viejas instituciones tradicionales de España, dejándola presa de los interesados mercantes, que tenían cercado al Monarca, según propia declaración en el manifiesto dado en el Puerto de Santa María el 1 de octubre de 1823.

Inmediatamente se fué a la organización de una vasta conspiración que librara a Fernando VII del secuestro de sus ministros. En París y en Bayona se sientan por los emigrados las líneas generales de la conspiración y se constituyen en la Península los núcleos de conspiradores que en un momento dado habrían de ponerse en acción.

Los trabajos de la Comisión no dieron el resultado apetecido, pues lejos de conseguir con ella desbaratar todas las maniobras, se llegó al convencimiento de la existencia de una poderosa organización que respondía en todos sus actos a los dictados de una Junta Suprema: "Tantas conspiraciones parciales, tantas ramificaciones, tantas relaciones de unas con otras hubieran convencido a la Comisión de que había un centro común de inteligencia, si de los mismos planes no resultase así expresamente. Con efecto de las declaraciones de los arrestados y de los documentos que se les han interceptado, resultan que hay una Junta Suprema, de quien los agentes intermedios hablan con mucha consideración y respeto. Pero ¿quiénes son las personas que componen esta Junta Suprema? La Comisión no tiene aún el convencimiento necesario para nombrarlas: lo que puede asegurar es que siendo el principal objeto de las tramas el restablecimiento del régimen absoluto, y desconfiando hallar en Su Majestad el apoyo que deseaban, ha habido



gravitando sobre el carlismo la acusación injustificada que contra ellos lanzara la Comisión especial de 1821.

Nada más lejos del pensamiento carlista que considerarse llamado a imponer por las armas el exceso doctrinal y a la postre contrario a la propia doctrina de la Iglesia, de que es fiel exponente Roberto Filmer en su tratado político "Patriarcha".

En efecto, si en el transcurso de cien años de azarosa existencia la Comunión Tradicionalista no hubiera reiteradamente hecho público su mentís con el verbo apasionado de sus mejores tribunos, sería más que suficiente, en lo tocante a este punto, las propias declaraciones de sus egregios Abanderados, contenidas en las proclamas de Carlos V, de Elorrio, Cáseda y Lecumberri, especialmente aludida en la de Carlos VI de 16 de marzo de 1860, magistralmente expuesta en la carta de Doña María Teresa de Braganza a Don Juan, que motivó la abdicación de éste en Carlos VII, y, por último, en el definitivo manifiesto de Morentín, donde terminantemente se deslinda el problema, y en el que se sientan afirmaciones tan trascendentales que asombra puedan ser olvidadas.

El propio significado tradicionalista en el aspecto doctrinal del Partido Carlista abona por entero su continuidad en el pensamiento español, y si la doctrina de Filmer es antagónica de la del P. Suárez, la doctrina tradicionalista se halla más próxima al argumento de la autoridad de Adán que a la justificación de Domitiano, Dionisio, Othón, Vitelio, Helio y Nerón.

Queda, pues, vindicada la memoria de aquellos abnegados conspiradores con la refutación continuada, a través de toda la historia del Carlismo, de la acusación malévolamente lanzada por quienes asumen la paternidad del demoliberalismo, vencido con las armas por los descendientes de los primeros conspiradores.

Oportuna es la fecha del 10 de marzo para resucitar su memoria como "estimulo y aliento recíprocos y en testimonio de gratitud a los que os precedieron en la senda del honor", para ellos con el recuerdo de la recogida devoción de los días próximos al 18 de julio de 1936, cuando nos tocó también vivir en las tinieblas, levantar el embozo, ocultar la mirada y acariciar la culata de la pistola, suenan hoy los acordes pausados que nos convocan para tributar

"Honra y prez a los héroes de España..."



En Bayona, primeramente, Mozo Rosales, y luego el general Eguita, llevan la dirección de los trabajos; en Sevilla, el general Grimarest, con ramificaciones en Jerez y Córdoba; en Murcia, el coronel de las Milicias Provinciales, en las que forma el luego general en jefe de la Caballería carlista, D. Lorenzo de Menarguez, con ramificaciones en Valencia y Granada. El obispo de Tarazona, ex Inquisidor general, organiza desde Bayona la operación sobre Jaca, un subsidio de 248.000 reales y el envío de 4.000 fusiles con su munición correspondiente. El barón de Eroles dirige el alzamiento en Cataluña; Lacarra, Uris, Mérida y Eraso asumen la Jefatura en Navarra, e infinidad de agentes mantienen viva la conspiración en toda España.

La detención de D. Ramón Valladolid y el registro efectuado en los papeles del cura Vinuesa llevaron a conocimiento del Gobierno liberal la existencia de una amplia conspiración. El juez de primera instancia D. Juan Antonio Castejón quedó encargado de la instrucción de los sumarios en Madrid, y el Gobierno ordenó la constitución de una Comisión especial, a fin de reunir cuantas noticias fuera posible sobre el estado de la conspiración.

quien ha concebido el abominable propósito de sustituirle otra persona".

Descaminadas andaban las indagatorias de la Comisión especial, porque ni la Junta Suprema radicaba en Madrid, ni se pretendía establecer el régimen absoluto, ni se había pensado en sustituir a Fernando VII.

El 18 de septiembre de 1821 hacia público este informe el ciudadano Juan Romero Alpuente en su "Discurso sobre la suprema Junta Central de conspiradores contra el sistema constitucional", y en diciembre del mismo año hacia pública su existencia la citada Junta conspiradora, estableciéndose en La Seo de Urgel el marqués de Mataflorida, el obispo de Tarragona y el barón de Eroles, iniciándose el alzamiento que culminó con el triunfo de las Armas Apostólicas el 1 de octubre de 1823, cuando el propio Fernando VII declaró haberse considerado prisionero del Gobierno liberal y representado por la Regencia de Urgel.

Cuando el 3 de octubre de 1833 el marqués de Valdespina inició el levantamiento carlista en Bilbao, los jefes del partido portugués apostólico o realista constituyeron el núcleo central y rector del alzamiento, y a partir de esa fecha ha ido



RECUERDOS DE NIÑEZ

Por MANUEL AZNAR

CUANDO mi padre me envió desde Echalar—¡mi Echalar de las Palomeras!—a Vera del Bidasoa—que en aquellos tiempos se llamaba Vera, a secas—para que estudiara allí el primer curso de latín en el Colegio de los Padres Escolapios, fui a vivir en la casa de D. Ambrosio Martínez, propietario de la mejor confitería y cerería de Vera. Los hermanos Martínez eran tres: D. Ambrosio, D. Agustín, que se había establecido en el pueblo de Artazu, por tierras de Estella, y D. Dámaso, que terminada la última guerra carlista, se expatrió, hizo algún dinero en América y volvió a España a gastárselo con cierto garbo y buen gusto. D. Agustín y D. Ambrosio habían sido capitanes en uno de los batallones carlistas de Navarra. De D. Dámaso no puedo decir si llegó a alcanzar la misma jerarquía. Eran hijos del coronel Martínez, que defendió la posición de Peñaplata en mi pueblo de Echalar contra las fuerzas del coronel Blanco, procedentes de la columna mandada por Martínez Campos. Blanco, más tarde capitán general de La Habana—el último de los capitanes generales de la isla de Cuba—, venció en el combate. En Peñaplata y en las Palomeras de Echalar terminó la guerra, al menos por lo que se refiere a Navarra.

Aun cuando yo era todavía muy niño, llevaba, cuando llegué a casa de D. Ambrosio, muchas noticias de la última guerra carlista y mucha pasión por conocerla bien. Se las debía a mi abuelo paterno, a los relatos de un lejano pariente llamado don Serapio Peralta, que fué, sin duda, uno de los personajes más fabulosos de aquella guerra. Nunca vió uniforme, pero muchos carlistas viejos le llamaban "el General Peralta". Trabajó durante tres años como enlace del Cuartel General con ciertas ciudades y centros de Francia, principalmente en servicios políticos y en intrigas de espionaje y contraespionaje. El "General Peralta" era, realmente, un hombre extraordinario. También me habían apasionado ya, antes de marchar a Vera, las narraciones de Evaristo, el carpintero de Echalar, que conoció al cura Santa Cruz y a otros guerrilleros carlistas de menos fama. Iba, pues, excelentemente dispuesto para que las informaciones y enseñanzas de D. Ambrosio Martínez me aprovecharan cumplidamente. Me enseñó a detestar al general carlista Pérula, a quien consideraba como un traidor, e hizo de mí un fervoroso admirador de Olla, Radica y Mendiry. De los generales Dorregaray y Lizarraga hablaba con menos entusiasmo. Al segundo le consideraba débil de carácter. Al primero le acusaba de no haber aprovechado la victoria de Lácár para hacer prisionero al Rey Don Alfonso XII. Cuando relataba las incidencias del combate de Lácár, don Ambrosio acababa siempre cantando la copla famosa:



*En Lácár, chiquillo,
Te viste en un tris:
Si Don Carlos te da con la bota,
Como una pelota
Te planta en París.*

Creo que en el fondo de mi afición a los temas militares hay una influencia decisiva de D. Ambrosio Martínez, porque recuerdo que seguía como embozado sus narraciones de las campañas de Navarra. Andando el tiempo he recordado muchas veces aquellos días de mi niñez y me he dado cuenta de que durante buen número de años los carlistas de Navarra—y lo mismo debía acontecer con los de Vizcaya, Cataluña o el Maestrazgo—fueron los únicos españoles civiles, por así decirlo, que conservaron para España y para el servicio de lo español, el grande, salvador y ardiente espíritu castrense. Como consecuencia de las derrotas coloniales—no hace falta repetirlo ni esclarecerlo—España creyó que el remedio de

sus males exigía un sistemático desdén hacia las Instituciones militares. En los propios Cuartos de Banderas y Estandartes hizo sus nidos el escepticismo. Todos los españoles se encogían de hombros, como diciendo: "¿Qué más da?" Todos, menos los carlistas, que continuaban nostálgicos de fusiles y bayonetas, de pólvora y campamentos.

*¡Fusiles! ¡Viejos fusiles!
Que nos traerán al Señor,*

cantaban unos versos de dos poetas vascongados, en loa y recuerdo del caballero carlista D. Tirso de Olazábal.

El lenguaje de los carlistas se tenía en España por lo más inactual que pudiera imaginarse. Las palabras espada, machete, cartuchera, mochila, correa y otras de parecido tono resonaban como ecos de otras épocas y movían en los labios escépticos una sonrisa misericordiosa: "¡Son unos locos!", decía el comentario. O bien: "¡No saben lo

que se pescan!" Hablaban de una manera desconcertante para los demás. Los lentos sueños silenciosos se les iban en añorar los días de batalla. Su actitud era la de unos hombres que de un momento a otro van a escuchar el toque de generala. Cuando la mayoría de las gentes opinaba que no existía ninguna doctrina merecedora de los máximos sacrificios, los carlistas seguían defendiendo la necesidad de morir por un ideal. No hay duda de que si los descendientes de Don Carlos—Don Jaime, por ejemplo—les hubiesen llamado a la guerra, a ella hubiesen ido cantando canciones de jota o batiendo marchas de tamboril. Jamás perdieron la vieja veneración por las virtudes militares ni dejaron de conmoverse profundamente al escuchar las arengas bélicas. "España no se salvará sino a tiros", solía exclamar D. Ambrosio Martínez en su confitería de Vera. ¿Quién habrá olvidado el triste espectáculo que daba el Estado español y—por qué no decirlo—el pueblo, con ocasión de la guerra de Marruecos? Ni siquiera todo el Ejército se apasionaba por nuestros dolores y por nuestros triunfos marroquíes, sino una parte del Ejército, la mejor, sin duda alguna, la más pura y maravillosa, aquella misma que se alzaría en julio de 1936 y se batiría prodigiosamente por España. La campaña de Marruecos, sobre todo hasta el desembarco en Alhucemas, se desarrolló lúgubremente rodeada de silencios nacionales, o—lo que era peor—coreada por denuestos traidores y por derrotismos vergonzosos. Gracias a Dios, unos jefes y unos oficiales tuvieron sentido exacto de la historia y del honor de España; por eso pudimos superar aquellas horas angustiosas. Los carlistas asistían a la guerra de África enardecidos de entusiasmo, de ira patriótica y de fe incommovible. No hay duda: les debemos, en la vida civil de la Nación, la conservación del culto a la espada y a la muerte por la dignidad de la Patria. Cada uno de los ex combatientes de la última guerra carlista seguía siendo un soldado de arriba abajo, listo a las disciplinas y al sacrificio propio de los soldados. Cada uno de los requetés, hijo, sobrino o nieto de aquellos combatientes, consideraba como supremo orgullo de su existencia tener en todo momento la pólvora seca. Por eso pudo un día llenarse la plaza del Castillo de Pamplona de vítores y de boinas rojas; por eso renació la canción de "Oriamendi" como si entre las batallas de otros tiempos y los clarines de nuestros días no hubiera pasado nada.

Al cabo de los años resultó que don Ambrosio Martínez tenía razón: "Esto no podía arreglarse sino a tiros". Que se adelante quien pueda enseñar otro camino posible o demostrar que España pudo salvarse sin dolor, sin sangre y sin guerra.

FERNANDEZ GOMEZ, S. A.

ALMACEN DE ESPECIALIDADES
:: FARMACEUTICAS ::
PRODUCTOS QUIMICOS Y DROGAS

Concesionarios de las Especialidades
del Doctor Fernández de la Cruz

DESPACHO Y OFICINAS: A R A N J U E Z, 2 al 10

ALMACENES: G O L E S, 52 DUPLICADO

TELEFONOS 22318, 22509 y 23179

SEVILLA

SUCURSAL EN JEREZ DE LA FRONTERA
ROSARIO, 8



DIEZ DE MARZO

DOCTRINA Y LITURGIA

Por CRESCENCIO DE GARDEAZABAL

DESDE 1896, esta Milicia secular que es el carlismo, celebra todos los años la Fiesta de los Mártires el día 10 de marzo, aniversario del fallecimiento de Carlos V, primer Rey de la dinastía proscripta. La estableció Carlos VII, el 5 de noviembre de 1895, en carta dirigida al marqués de Cerralbo, el prócer legitimista. Es un documento áureo, fundamental en la historia de la Comunión Tradicionalista, y está concebido con aquel estilo tan característico de su autor, llano y elocuente, de Rey, inasequible a los mejores artifices literarios y privilegio exclusivo de la majestad.

Para entonces, los soldados de la Tradición hicieron dos guerras, con mucha gloria y poca fortuna. A lo largo de seis décadas, fueron frecuentes las expresiones sangrientas de lealtad inmovible a unos principios en ocaso momentáneo, que no ha sido preciso desenterrar ahora, porque no murieron. Estaban vivos en tantas almas como se necesitaba para salvar el caudal espiritual de la Patria. Desde que Manuel González se levantó en Talavera de la Reina en 1833 al grito de "¡Viva el Rey!", cuántas vidas se dieron en holocausto a estos ideales, a los que su propia vitalidad y no la fácil retórica, ha hecho perdurables. Y no sólo la sangre, que a veces se ofrece y entrega con el alegre estrépito de las marchas triunfales, sino otros bienes, con frecuencia más codiciados, como el reposo hogareño y la propia honra; y esos desvelos innegables que origina el desdén permanente de una sociedad hostil, fueron formando el caudal de renunciaciones sin el que ningún credo político puede reputarse verdadero ni ser aliento de parcialidades entusiastas.

Los mártires del carlismo eran ya innumerables, lo que quiere decir que el anonimato alcanzaba tanta significación como los hechos y las figuras singulares. El acervo oscuro y multitudinario, la pira inmensa de los sacrificios que no recogían los anales y carecían de himnos y de rap-sodias, estaba más alta que la frente unta de los caudillos. Don Carlos, en su retiro augusto de Loredán, vivía el recuerdo de sus empresas pasadas, suficientes para llenar una vida, y conservaba la esperanza de volver a repasar la frontera de España en una epifanía alborozada, que esta vez no le detendría en las puertas de



Don Carlos María Isidro recibe a Zumalacárregui en Elizondo

Madrid. Cultivaba las mismas flores de ilusión que sus partidarios. Venecia, romántica, estaba en el itinerario de los viajes nupciales, era meta de conspiradores y recalada de marinos españoles que hasta allí llegaban en el curso de sus largas navegaciones, como si fuera la razón única de su dura y azarosa profesión. Loredán tenía nimbos de santuario. El Rey vivió siempre conmovido por la adhesión de sus leales, y esa solidaridad que las adversidades hacen inalterable, le inspiró el homenaje periódico de la Fiesta de los Mártires. Ollo, Andachaga..., los grandes conductores de soldados que fueron los generales carlistas, tenían, al fin, una página histórica en la que resplandecían, pero los valerosos partidarios que quedaban sobre la tierra para que ésta se volviera en seguida sobre ellos, sin saber su nombre, los que después eligieron el destierro y la persecución en la vida civil, esos necesitaban también el recuerdo perenne. A ellos está dedicado el 10 de marzo. Fue ésta una anticipación más espiritual y emotiva que tantos otros monumentos y homenajes de recordación como después surgieron en una floración confusa de pagánias y desaciertos estéticos estimulada por la ausencia de temperatura moral en la Europa de nuestros días. Las luminarias de los arcos triunfales corresponden a un rito frío y externo, de ceremonia diplomática, que no admite parangón con el

fervor encendido de los fieles que periódicamente se congregan en torno a los severos túmulos de nuestras iglesias y sobre los que se alza el rumor de las multitudes orantes. Fundación digna de quien desdeñó la Corona que le ofrecieron los hombres de septiembre antes de la batalla de Alcolea, porque para perder a España le sobraban pretendientes, y él quería ser auténtico soberano para cumplir la obra de regeneración a que se creía destinado.

Desde este momento, el carlismo, que tenía doctrina y fieles, Milicia, se hacía también su liturgia. Conseguía así un ámbito espiritual más dilatado, y un nuevo panorama se abría a sus empeños proselitistas.



Se sentía con pasión en la entraña de España. ¡Quién ha podido incurrir en el tremendo error de creerle fenómeno provincial, salpicón esporádico, sentimiento sólo apto para infiltrarse en almas sencillas, en mentes aldeanas! La realidad es que no tenía semejanza en la Europa de su tiempo. La revolución francesa y los acontecimientos de igual significación de ella derivados, habían dado a las ideas un rumbo desolado, que las alejaba de las concepciones espiritualistas. Eran apetencias y no sentimientos las que impulsaban a aquella sociedad desorientada. Entre tanto, se iniciaba el retorno a los viejos principios y se cambiaba el desdén por la apología. Extraño y singular espectáculo. A estas alturas, Donoso Cortés y Vázquez de Mella vuelven a ser exponentes de nuestro pensamiento político. Bien decía Federzoni que España tenía en el carlismo un fascismo con solera. Buen cuarzo el de este pueblo, que para incorporarse a la marcha del mundo nada tiene que improvisar.

Infundir en nobles empeños patrióticos aquel espíritu cruzadista de nuestros hombres del pasado siglo y darles misiones de rango suficiente a emplear el carácter combativo, indómito de sus hijos, sería obra maravillosa.

Enrique M. Delgado

FABRICA DE MUEBLES

ONESIMO REDONDO, 3

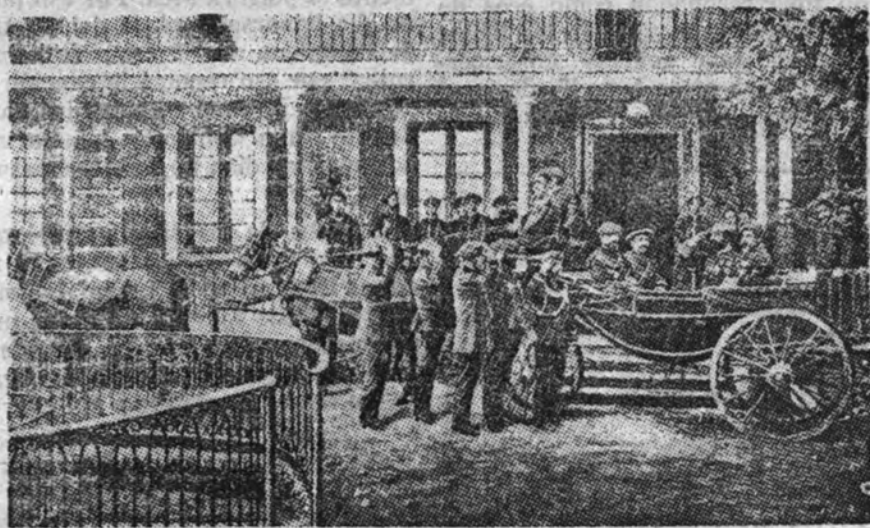
Medina del Campo

Notario

OPTICA :: RELOJERIA :: RADIO
Mariano Catalina, 56. T. 300. Cuenca

Fábrica de muebles, Almacenes de paquetería, quincalla, loza, cristal, artículos de regalo, batería de cocina, objetos de escritorio, juguetes, etc., etc.

LA VALENCIANA
HIJOS DE MIGUEL ROJO, S. L.
MEDINA DEL CAMPO
T. 75. Apartado de Correos, 1
SUCURSAL EN SALAMANCA
Generalísimo Franco, 51—Teléf. 1510



Don Carlos con sus ayudantes al tomar el coche frente a su palacio de Tolosa

SERRERIA MECANICA

Y
ALMACEN DE MADERAS

Raimundo Alvaro y C.ª

(Sociedad Limitada)

Fermín Caballero, 19.-Teléf. 221

CUENCA

SER, SOCIEDAD ANONIMA

CAPITAL: 2.102.000 PESETAS

Méndez Núñez, núm. 18

SEVILLA

Ayuntamiento de Madrid

Fabricantes de las conocidas
marcas Filtros "Ser" - Azanil
- Barniz Murillo - Pinturas -



EVARISTO ANGLÉS E HIJOS, S. L.

VINOS Y ALCOHOLES

Teléfonos 30 y 223

ALMENDRALEJO

HIJOS DE FRANCISCO TRIGO, S. A.

ACEITES - VINOS

VILLAFRANCA DE LOS BARROS

JABONES Y ACEITES

**LOS SANTOS DE MAIMONA
(BADAJOZ)**

Antonio Atalaya Sánchez
FABRICA DE JABON
— ALMENDRALEJO —

José Aragón Yusta
Monteños, 2, Teléfono 153
Apartado de Correos, 33
MEDINA DEL CAMPO

NIETOS DE PEDRO MACIAS

ACEITES DE OLIVA, DE ORUJO Y JABONES

CASA CENTRAL EN MERIDA
ALMACENES DE COLONIALES

FRANCISCO LIMON LAZO

Fábrica de aceites de oliva

Jabones y extracción
de aceites de orujo

Apartado 17-Teléfono 226
ALMENDRALEJO

Francisco Martín Delgado
AUTOMOVILES, RADIO
Y ACCESORIOS
M E R I D A

José Sayago Alvarez
COSECHERO-EXPORTADOR
DE VINOS
Almendralejo :: Teléfono 76

Zacarías de la Hera e hijos, S. A.

CRIADORES-EXPORTADORES DE VINOS
EXPORTACION DE ACEITES
FABRICAS DE ALCOHOLES VINICOS
ACEITES DE OLIVA Y ORUJO
JABONES :: REFINERIA DE ACEITES

Domicilio: Calle Sevilla, 2, 4, 6 y 8
Dirección telegráfica: LAHERA
Apartado de Correos número 2
Teléfono 67

ALMENDRALEJO

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO DE MEDINA DEL CAMPO

LA INDUSTRIA QUIMICA EN CASTILLA

Aprovechando nuestra estancia en Medina de Campo hemos visitado la Fábrica de SALES MERCURIALES que allí funciona bajo la razón social "PRODUCTOS OYAGUE, S. L."

Tras de un largo y laborioso periodo de ensayos comenzó sus trabajos en el año 1933, encontrándose en estos momentos en pleno desarrollo, a pesar de que las actuales circunstancias internacionales les priva de los mercados extranjeros, donde ya son conocidos sus productos.

Es altamente significativo y digno del mayor elogio, sobre todo en estos momentos en que con tanto ahínco se persigue la emancipación y el florecimiento de la industria nacional, el que este Laboratorio emplee exclusivamente para la obtención de sus productos materias primas procedentes del suelo patrio.

Los productos que elaboran, actualmente de aplicación en la industria y en Farmacia, son los siguientes:

Cloruro Mercurico (Sublimado corrosivo).

Cloruro Mercurico (Calomelanos al vapor).

Cloruro Mercurico (Precipitado blanco).

Oxido Mercurico (Precipitado amarillo).

El-Ioduro de Mercurio, Sulfato de Mercurio, Oxicianuro de Mercurio (únicos preparadores de este producto).

Prueba irrefutable de la calidad y garantía de estos productos son los innumerables plácemes que constantemente reciben de sus numerosos clientes.

Encantados del resultado de la visita y agradecidos a las atenciones recibidas, felicitamos muy de veras a los señores gerentes y les deseamos la mayor prosperidad en bien del incremento y esplendor de la Industria Química Nacional y del suyo propio.

Fábrica de Jabón
de
MANUEL MU LA ILLESCAS

SIMON RUIZ, 19
Medina del Campo

SUCESOR DE
EUSEBIO GIRALDO
Almacén de coloniales

Apartado 5 — Teléfono 6
Medina del Campo

LAJO Y PAJARES, S. L.

**CERAMICA
M E D I N A**

MEDINA DEL CAMPO

ISLOTES EN LA RIADA

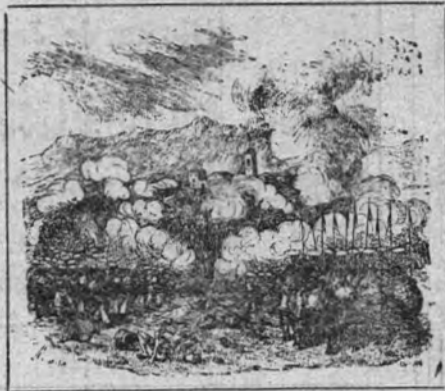
Por JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



RA yo aún un chilicuatro recién salido del Instituto, petulante y pedante; cada tarde, al cruzar la dormida plazuela provincial, me los encontraba. Llevaban la voz cantante

en la cofradía de viejos carlistas uno—no sé si fué general—que hizo la campaña del Norte con Dorregaray, y vió a los señores en su corte de Estella, y lloró con su Rey en la raya de Francia. Yo los miraba con igual mirada de museo con que se lloran retóricas ante mármoles muertos, o pueden hacerse, entre champán y brindis oficial y encorsetado, de "Gaceta" y coaduras en el Ayuntamiento, bonitas invocaciones líricas a un pasado glorioso. Pero es que—repito—sólo era yo un fatuo mozalibete, al que desengaños de cuatro monsergas liberales no daban luz para entender a aquellas gentes de la plazuela, sino como lámina escapada del Pirala, gemela del brumoso recuerdo familiar que, de niño, pobló mis sueños de arrogante caracollear de batallas, frescas canciones de la primera guerra acunándose, Circulo Jaimista de la calle de Pizarro, páginas, ya amarillentas, de "El Correo Español"... Bueno es que signe así este acto de contrición. Pues yo fui de los que, tras andar todos los caminos, vinimos a dar en la plazuela de los veteranos; y a gritar a los cuatro vientos, con aires nuevos, sus gritos antiguos; y a enseñarles—eco fiel—sus propias razones.

Donde nosotros luego, ellos estaban antes de que naciéramos; antes de que nacieran nuestros padres. Cuando para todos, menos para ellos, Dios era la democracia y Juan Jacobo su profeta, y, entre un reflejo de chisteras alborozadas y el pliar unánime de blancos pañuelos en despedida, arrancaba la primera locomotora, y se adivinaba el dintel de un nuevo paraíso, progresista y bobalicon, con libre cambio, dos Cámaras, libertad de Prensa y Constitución. Contra aquel inglado liberal y urbano, de fáciles demagogias a la livida luz ciudadana, ellos alzaron su terca voz campesina. No es cosa de traer aquí su anecdota menuda. Se va así a las cosas muertas: ellos no lo están. En sus palabras vivimos, y no son palabras de pasado, sino de porvenir. Hay en las conmemoraciones a vencimiento fijo el peligro de, por recordar un día, olvidar los



demás; de trocarlas en hoja de calendario, oculta hasta que llega, desprendida apenas pasa. Pero ellos son presencia continua, y ha de sermos para orgullo—orgullo filial, de estirpe, de saberme hijo de carlista y nieto de carlista—decir, a los que vencieron, contracorriente, todas las incomprensiones: ¡teniais razón!

Ellos y cuantos a su lado formaron. Pues no nacieron al grito de Talavera ni fueron sólo los que siguieron en las provincias el blanco caballo de Zumalacárregui o escalonaron las breñas de Morla o de Teruel, tierras adustas de mio Cid y de mi señor don Ramón Cabrera, general de los Ejércitos de Don Carlos. Ya sé, ya, que hay quienes, avaros de pesados, sueñan con unirse a cuanto, por ser de aquí, dicen suyo. También los hay que pesan con igual medida la

Francia de San Luis y los blancos pañuelos florielizados, fina espuma gótica, y la de Voltaire, sucia, plebeya y maldiciente, o la alegre Inglaterra de San Jorge y las Cruzadas, y la Inglaterra fenicia, puritana y confortable del ochocientos. Pero tradición es entrega, paciente artesanía de padres a hijos, fidelcomiso sagrado para el futuro, y sólo ella da palabras de vida. Lo otro, lo que

cuanto aquéllas pudieron tener de constructivo. Pero, en boca de esa pseudo-tradición, aun las que fueron palabras de vida se hacen de muerte. Vuelto al pasado se edifica el porvenir. En la cantarina profecía del Dante: "El mundo no conocerá paz hasta que sea restaurado el Imperio Romano", fundaron cimientos cuantos Imperios fueron luego en el mundo; pero cuando no la invocaron vo-



Zumalacárregui presentándose a las partidas carlistas

malamente se llama también tradición, lo es sólo de una palabra: separatismo; es decir, pecado. Separatismo en el espacio, de quienes quieren vivir divorciadas sus vidas, hijos comidos de envidias que parten y echan suertes sobre la herencia paterna, y, esto quiero, esto no quiero, el soto para mí, el prado para ti, dilapidan lo que nunca debió desmembrarse; separatismo aquí, ahora, en el tiempo, del tiempo anterior. No es tradición mar sin diques, sólo apto para negar y estéril para engendrar, que es obra amorosa de afirmación; no es frenesí racionalista, antihistórico e improvisador, hecha tabla rasa de todo lo anterior. Pues, como en los individuos, en los pueblos, por largo que sea el tiempo de pecado, no es éste, sino el de gracia, su tradición: que el mal es mera privación, o, como lo definía un pensador menos conocido que citado, el conde José de Maistre, "elisma del ser", sin entidad ni sustancia para crear semejante que le continúe, puesto que él mismo, pura destrucción, carece de ella. Si algo posee de continuidad, no es suyo ciertamente, sino heredado: porque él es muerte perenne del pasado, en que cada generación mata a las anteriores, y la tradición diaria resurrección, en que cada generación revive cuantas la precedieron. No nació el rapaz afán de Disraeli en una trifulca parlamentaria, que era lo que la Inglaterra victoriana podía ofrecerle de nuevo; ni las águilas napoleónicas en la revolución utópica, abstracta y cosmopolita del 89, cadena de negaciones—la Legislativa tras la Constituyente, la Convención tras la Legislativa, el Terror tras la Convención, y, luego, Termidor y el Directorio—, cada día borrando el anterior, si no en las llamas del Rey Sol, en

ces católicas, sino yertos materialismos, la profecía se hizo maldición. Y los Imperios, púnicos imperialismos, de Bolsa y factoría, de especias y traficantes. Que ya nuestro Donoso se preguntó: "¿Sería temerario creer que así como la palabra de Dios, tomada en su sentido verdadero, es la única que tiene el poder de dar la vida, es la única también que, siendo desfigurada, tiene el poder de dar la muerte? Si esto fuera así, quedaría suficientemente explicado por qué las revoluciones modernas, en las que se desfigura más o menos la palabra de Dios, tienen esa virtud destructiva."

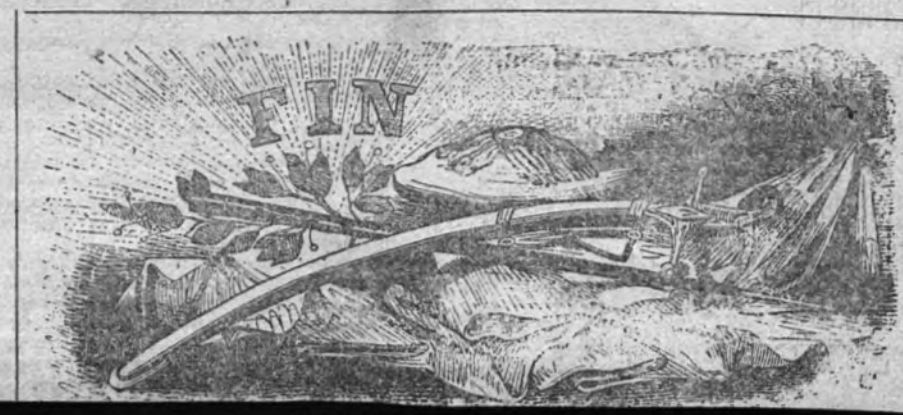
Nosotros pronunciamos con verdad la palabra de Dios. Fué la Contrarreforma, que vale tanto como decir: el más duro empeño por hacer del mundo la unidad moral de la Cristiandad, y por vestirla de unidad política, Monarquía solar de nuestros Austrias. Nos crucificaron. Fuimos—Maeztu lo dijo—el Cristo de los pueblos. Pero teníamos razón. No hurgo, por eso, mi tradición en tal cual resplandor de la turbamulta atea y europeizante, que aplaudía a Boileau y silbaba a Lope, y se apartaba, asqueada, de la chusma maloliente de frailes y chisperos de Bailén o Los Arapiles, y acabaría pensionada en el extranjero para pasar de matute a su vuelta su bagaje de ciencia sin Dios e intoxicarnos con ella, como antes de Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, caballeritos de Azpeitia, Enciclopedia y Aranda. No es mío el tacaño patriotismo sectario de un Galdós, ni el telúrico y elemental de un Goya, españoles de ímpetu y sangre, no de razón; ni nuestra desmedrada historia liberal, cursilona y provinciana, de siesta, murmuración, casino y paseo los domingos, España enteca y agarbanzada

de la Restauración; ni tengo por que mendigar genealogías para mi pensamiento en quienes no son de mi casta y sólo por acaso acertaron alguna vez a coincidir conmigo; pero si reclamo, junto a los que cayeron bajo las banderas del Pretendiente, a cuantos, contra viento y marea, antes que arriarla, clavaron su fe. Tristes hidalgos que en la sala del Ayuntamiento de Munster, en un triste octubre de 1648, firmaron la primera derrota española, mientras su gente combatía en las Dunas y en el Buen Retiro el Imperio se resquebrajaba entre alambicados gongorismos cortesanos; marinos de Cavite y de Santiago; sarcasmo dolorido de Quevedo y cólera de Forner; bíblica voz de Donoso y fatiga de don Marcelino, bautizándose testamentario de nuestra cultura; y lágrimas de Maeztu, que nos decían en los anchos, católicos versos de Rubén que no, que nuestra cultura no había muerto... Bien caben todos, porque uno fué su lenguaje y una su triple invocación, en las canciones de la carlistada, en esta su otra salida, mientras, camino del verde caserio, aquella vieja rezaba y lloraba, al verlos, lágrimas alegres: ¡Los boinas rojas, los chapelgorris, por tercera vez!

No nos perdamos en coninerías pintorescas. No nos importa la barata litografía ochocentista, boinas desvaídas bajo la lluvia, partidas en los riscos y mutilas, "negros" y versolaris, y la Reina haciendo hilas en su palacio de Estella. Queden para las majezas de un Diego de León o las gallardías de un Prim, gente de su siglo, ciegos servidores de una Patria que iba pronto a desgarrarse en taifas cantonales. Del carlista importa lo no de su tiempo: el huir de la sensible adhesión a la niña Reina, y el viril agruparse en torno a la verdad del Rey hombre: cuanto les hizo islotas de roca viva en la riada revolucionaria. Franqueáronla, no la vencieron. Era de ellos la razón, y las gentes de España, bárbaras, y por bárbaras, fanáticas, a Dios gracias, aún eran las de 1808, las que enfrentaron a los morriones gabachos, sus garrochas y su fe en el Rey y el Santo Oficio: pero no vencieron. No razones, sino gracia, obra la conversión: y el Señor se la negó a las turbas sacrilegas del año 35. Ellos esperaron. De la revolución liberal que les cercaba, sabían que combatiría con sus armas era hacerle el juego: de ahí su encastillada soledad, cuando no pudieron echarse al monte a predicar su verdad a bayonetazos. Pero la Historia es alternar de ciclos en que



todo logra segundas partes; y siempre vuelve el alba, con un gozoso repique de frescos laureles fragantes. Nada envejece antes que lo deliberadamente nuevo; y es lo que se daba por caduco, lo nuevo. Aún hemos de aprender de ellos. Hablo a cuantos de mi generación emprendimos las jornadas primeras de yugos y flechas. Nada temamos como la propia satisfacción: el darlo todo por hecho, habiendo quehacer. Ráer la anarquía es poco, si no removemos sus raíces. En cada uno de nosotros: en todos. Que se nos niegue el descanso, pidió José Antonio. No estará de más, contra desalentados, mirar a quienes jamás los sintieron, viejos veteranos a los que encontraréis si vais por la plazuela dormida, ahora escuchando a un mozuelo que lleva la voz cantante, y les habla de Somosierra, o de cuando entró, dando al aire el "Orlamendi", en la ciudad de Irún.



"Esto de querer echarlo todo a rodar, salir lo que salga, es una actitud característica de las épocas fatigadas, degeneradas; echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco... ¿No será la pereza la causa de muchas revoluciones?"

JOSE ANTONIO

"Nuestra España se hallaba, por una parte, como a salvo de la crisis universal; por otra parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma por razones típicas de desarrollo que no eran las comunes del mundo."

JOSE ANTONIO